

Lo que hablan las Mujeres

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

LO QUE HABLAN LAS MUJERES

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid

el 21 de Octubre de 1932.



TALIA

AÑO I -:- Madrid 15 de Octubre de 1940 -:- NUM. VIII

E. de MIGUEL. - Huertas, 55
Teléfono 17210
MADRID

A CONCHA CATALÁ

maestra de un arte en que pocos llegan a ser maestros, con devoción creciente, nacida en los años juveniles,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

Personajes	Actores
Agustina	Concha Catalá.
Pepita	Ana María Custodio.
Felipa Luengo	Leocadia Alba.
María Reyes	Angelina Vilar.
Matea	Irene Caba Alba.
Natividad	Soledad Domínguez.
Don Miguel de los Santos	Manuel González.
Curro Cortina	Gaspar Campos.
Aurelio	Vicente Moya.
Ramonón	Nicolás Rodríguez.

Todos hablan con pronunciación andaluza.

ACTO PRIMERO

Estamos en Puebla de las Mujeres y en la casa del muy querido cosechero de vinos don Miguel de los Santos Cortina. Los sucesos de esta comedia se desarrollan en el lugar denominado allí "media casa" y que es tan característico de las de Puebla y de muchas de otras ciudades andaluzas. Al foro, a la derecha del actor, en un martillo que forma la estancia, y de frente al público, está la cancela, siempre entreabierta, tras de la cual se ve el zaguán. La puerta de la calle se supone a la derecha de éste. Al fondo, en lo más hondo de la estancia y hacia la izquierda, un amplio ventanal, con alféizar, que deja ver un jardincillo primoroso y alegre. En los extremos del alféizar, sendas macetas de geranios. Dos cortinas de lienzo azul velan la luz en las horas del sol. En la pared de la derecha, una hornacina con algunos cacharros de cerámica sevillana, sobre la cual luce un cuadro de azulejos con una imagen de la Virgen. Bajo ella, la palabra "Salve". En la pared de la izquierda, dos puertas, que comunican, respectivamente, la primera, con el interior de la casa, y la segunda, con el jardín. Un velador, un sofá al pie de la hornacina, dos mecedoras junto al ventanal y varias sillas de rejilla o de junco. Un par de maceteros con plantas en los rincones. Algunos cuadros.—Suelo de "olambrilla".

Es en un domingo de mayo, por la mañana.

Se percibe un charloteo de mujeres que hablan a la puerta de la calle. Matea, una de las criadas, escucha cautelosamente desde el zaguán.

MATEA.—¡Es que no hay otra converzación en Puebla de las Mujeres desde que ha yegao eza forastera! ¡Ni que fuera una estreya der cine! (Huye de improviso hacia el interior al sentir pasos). ¡Huy!

(Quien llega es el amo de la casa, don Miguel de los Sa
tos, persona fina, de agradable presencia).

DON MIGUEL.—¡Lo que hablan las mujeres, Señor! ¡A
tes de misa, en misa, después de misa, a la puerta de la igl
sia, a la puerta de cada casa!... ¡Jesús bendito! Tú, ¿qué h
ces aquí?

MATEA.—Que zentí yegá ar zeñorito y dije: pos le vo
a decí que ha estao aquí Juan er de la bodega.

DON MIGUEL.—¿Juan?

MATEA.—Er cazo es que yo no estoy zegura de que ze
Juan. Uno arto que vino el otro día y que cuando ze fué dij
usté: "¡Azí lo parta un rayo!"

DON MIGUEL.—Por esas señas me confundo mucho. L
mismo puede ser Juan, que Antonio, que Roque.

MATEA.—Él es bizco de los doz ojos.

DON MIGUEL.—Eso ya está más claro. ¿Te ha dejad
alguna razón?

MATEA.—¡Zi viera usté, zeñorito don Migué, que yo n
me fijo en las razones!...

DON MIGUEL.—¡Ah! ¿no te fijas?

MATEA.—No, zeñó: es lo malo que tengo. Ya ze lo a
virtió mi madre a doña Agustina cuando me ajustó. Y doñ
María Reyes ar recomendarme.

DON MIGUEL.—Menos mal. En fin, ya me enteraré y
por los periódicos de lo que quería el bizco que ha estad
aquí. Toma mi sombrero y llévalo a mi cuarto. Y a ver dónd
lo dejas.

MATEA.—¡En la percha! ¿Dónde lo vi a dejá? ¿Porque n
me fije en las razones no vi a zabé donde ze ponen los zom
breros? ¡Qué coza! (Se marcha por la puerta que conduce a
jardín.)

(Don Miguel, atraído por la charla femenina, que sigue e
la calle, se acerca a la cancela a escuchar.)

DON MIGUEL.—¡Bueno! ¡Me ha venido Dios a ver a m
con el viaje de la niña a Puebla! ¡La forasterita en todas la
bocas y a todas horas! Como no se vaya pronto... Pero, sí; s
se irá: yo me encargo de ello. ¿O es que no voy a poder hace
un sueño tranquilo?

(Tres de las señoras que hablaban con otras a la puerta d
la calle entran en el zaguán y pasan luego la cancela, sin de-
jar su charla. Son ellas, Agustina, la compañera de don Migue
de los Santos, esposa modelo y dama de nobles virtudes; Ma-

ría Reyes, viuda de buen ver, y Felipa Luengo, crónica viva y parlante de Puebla. Las tres vienen de velo.)

FELIPA.—¡A mí que no me cuente Clara Joaquina!... ¡La que a mí se me vaya en Puebla!... Conozco yo aquí hasta las ratas... Llevo toda la vida, y además tengo una gran afición a meterme en todo. Afición y derecho. ¡Y memoria! De manera que sé al dedillo la edad que tiene ella, y la que tienes tú, y la que tienes tú, y la que tiene tu marido.

DON MIGUEL.—¿Está usted segura, Felipa?

FELIPA.—¡Y tan segura!

DON MIGUEL.—¿Qué edad tengo yo?

FELIPA.—Cinco años más de los que se pone usted en la cédula.

MARIA REYES.—¡Ja, ja, ja!

FELIPA.—Los cumplió usted el día de la Cruz. Nació usted el año que se incendió la confitería de la calle Albahaca. Que fué el mismo año en que se casó mi primo Rodolfo—lo tengo muy presente, porque me había hecho el amor a mí de poyita—, y en que vino a predicar el padre Ciriaco a la novena de la Virgen. Ya sabe usted la fecha. ¡A mí!

DON MIGUEL.—Esa es la fecha: tiene usted razón. Esa edad es la mía.

FELIPA.—(A Agustina). Diez años largos más que tú.

AGUSTINA.—Justamente.

DON MIGUEL.—¡Yo no he podido remediarlo!

MARIA REYES.—Ni creo yo que hacía falta. Está usted en muy buena edad, Miguel de los Santos.

AGUSTINA.—Pero las ha tenido mejores.

FELIPA.—Y su hermano de usted...

MARIA REYES.—Mira, Felipa; deja ya esto de las edades, que es una conversación muy antipática.

FELIPA.—Pues que no me busque la lengua. Mira como a ti no te digo nada. ¡Y sé la edad que tienes! Y la que tenía tu difunto: que se murió de veintisiete años, y hace cuatro que se murió. ¡Los números no fallan! Y se murió precisamente el mismo día que un auto me atropelló a mi Pimpinela. (A un gesto de don Miguel de los Santos.) A mi Pimpinela: una perrita de lanas, preciosa. ¡Más inteligente! ¡Animalito! No le faltaba más que hablar.

DON MIGUEL.—¿Y era perra?

FELIPA.—Perra, sí, señor.

DON MIGUEL.—¡Pues algo hablaría!

FELIPA.—Se equivoca usted: ladraba nada más. Sobre toc cuando entraba en casa algún hombre. Muy inteligente; ya dig

AGUSTINA.—(A su marido). No te pongas nervioso... ¿N la conoces ya?

MARIA REYES.—Miguel de los Santos se irrita siempre cc nuestra charla, sea de lo que sea.

FELIPA.—Sí; tiene el tema, tan de los hombres, de que la mujeres hablamos mucho.

DON MIGUEL.—Infundado, ¿verdad? Y no es lo peor qu hablen ustedes mucho, sino que hablan por hablar, venga o ñ venga a cuento; de lo que entienden y de lo que no entiender de lo divino y de lo humano... Nada callan, en todo se meter todo lo tergiversan... ¡La cuestión es hablar!

AGUSTINA.—Sí, señor; ahora me toca a mí defenderno ¡la cuestión es hablar! Hablar es como respirar, Miguel de lc Santos. El que habla descansa, goza, se desahoga, se explaya. ¡Hablar es muy sano! Es igual que el que suda, que echa fue ra los malos humores. En cambio, el que calla, se traga todo es veneno, se pudre, se consume, adelgaza... ¡se muere, por ca llar!

FELIPA.—¡No acabaré yo de esa muerte!

MARIA REYES.—¡Ni yo!

DON MIGUEL.—¡Ni yo tampoco! Pero esta mañana y no puedo más. ¡Ni en la misa han callado! Felipa, cuando n tiene con quién, habla sola.

FELIPA.—No, señor; es que rezo, y parece que habl ¡Hablo con Dios, naturalmente!

DON MIGUEL.—¿No digo yo? ¡Hasta con Dios habla!

FELIPA.—Y me gusta mucho, por no me contesta nunca Dice mi sobrinilla Guadalupe que las mujeres no ayudamo a misa porque le contestaríamos al cura antes de tiempo.

AGUSTINA.—Punto final. Ven, Miguel, allá dentro con migo. Dame la bolsa de los cuartos, que nos vamos a llega al Convento a dar la limosna.

DON MIGUEL.—¡ Y a seguir dándole a la sin hueso!

MARIA REYES.—Sí, señor, sí; sesión continua. ¿No aca ba usted de oirle a Agustina que el hablar es salud?

DON MIGUEL.—¡Para el que habla! Pero, ¿y el que es cucha, María Reyes? ¡Hay que ponerse en todo!

AGUSTINA.—Anda ya, majadero. (Se va con él al inte rior de la casa).

FELIPA.—¡Cuando se le teme a la lengua de las mujeres, siempre es por algo!

MARIA REYES.—Oye, Felipa, ahora que estamos solas: ¿no notas tú estos días un poco preocupado a este hombre?

FELIPA.—¡Vaya!

MARIA REYES.—¿Verdad que sí?

FELIPA.—¡Digo! ¡Y sus motivos tiene!

MARIA REYES.—¿Sí, eh? ¿Tú sabes?...

FELIPA.—¿Qué no sabré yo? Siéntate, y me confesaré contigo; porque si no reviento. ¡De algo hemos de hablar!

MARIA REYES.—Cuenta, cuenta...

FELIPA.—Hablar en voz alta es un encanto siempre; pero hablar en voz baja es encanto y medio. Es como hacer comiditas las personas mayores.

MARIA REYES.—Cuenta, cuenta...

FELIPA.—Llevo tres días con esta desazón en el cuerpo. Estoy queriendo decirle esto a alguien, sin encontrar la persona ni la coyuntura, y hoy te ha tocado a ti. Tú vas a ser. En esta casa, que es la más tranquila de Puebla, va a estallar una bomba el día menos pensado.

MARIA REYES.—¿Qué me dices?

FELIPA.—Una bomba que no va a dejar un cristal ni un cacharro en su sitio. Este matrimonio, que se cita aquí como buen ejemplo, va a andar a la greña muy pronto.

MARIA REYES.—¿Por qué?

FELIPA.—Y bien sabe Dios que ella no lo merece. Tan buena, tan equilibrada, tan digna, tan cumplidora, tan caritativa, tan amable... ¡No lo merece! Pero va a llorar mucho.

MARIA REYES.—¿Por qué, Felipa?

FELIPA.—Porque los hombres no tienen conciencia; porque son unos desalmados, que tienen un tesoro junto... y se van por ahí a buscar un duro en calderilla.

MARIA REYES.—Pero ¿cómo? ¿Algún devaneo de Miguel de los Santos?

FELIPA.—¡Y qué devaneo!

MARIA REYES.—¿Es posible, Felipa?

FELIPA.—Entérate: esto ha estado oculto hasta ahora, porque ha sido lejos de aquí, y nadie ha levantado la caza; pero la llegada a Puebla de esa niña forasterita sacará al aire todos los trapos sucios.

MARIA REYES.—¿Sí? Pues ¿qué tiene que ver?...

FELIPA.—(Bajando la voz). ¿De quién te crees tú qu
es hija esa forasterita?

MARIA REYES.—¡De su padre, que viene con ella!

FELIPA.—¡Ca!

MARIA REYES.—¿Cómo ca?

FELIPA.—De su padre, sí; pero no del que viene con ell
que no es su padre.

MARIA REYES.—¡Felipa!

FELIPA.—Su padre es Miguel de los Santos.

MARIA REYES.—¡Felipa!

FELIPA.—Ahí donde lo ves, tan caballeroso como pare
ce, al poco tiempo de casado —¡al poco tiempo!— tuvo u
amorío en Las Canteras, y del amorío nació esa niña.

MARIA REYES.—¡Jesús!

FELIPA.—Y cuando apenas había cumplido dos años e
pimpollo, se preocupó de legitimarla buscándole un marid
a la madre. Y lo encontró en un pariente lejano de él, que
con tal de vivir a la sopa boba pasa por todo. Curro Corti
na: Cortinilla, como le llamo yo. Quiso Miguel que su hij
llevara su apellido, y de ahí que se fijara en ese pariente.

MARIA REYES.—¡Quién lo había de pensar de Migue
de los Santos!...

FELIPA.—El mejor, para la sartén, que es un anticipo de
infierno, donde han de arder todos.

MARIA REYES.—¿De manera que ese que viene con l
niña como su padre...?

FELIPA.—Es el Cortinilla de que te hablo. ¡Y su padre
lo cree todo el mundo! ¡Al cabo de los años, quién va a
presumir otra cosa!... Se casó con la madre, han vivido com
un matrimonio dichoso, con un buen pasar —a costa de Mi
guel de los Santos, es claro—, y jamás se les había ocurrid
venir por aquí. Miento: él sí ha venido alguna que otra vez
Pero ella murió... y, pasado el luto, se conoce que el hombr
ha creído pertinente hacerse visible.

MARIA REYES.—¿Con qué fin?

FELIPA.—De seguro con el de sacarle más dinero a este
botarate, asustándolo con su presencia... ¡Supongo yo!...
Ahora, que aquí estoy yo para vigilarlo. Si se contenta nada
más que con eso y se vuelve con viento fresco a Las Can-
teras, vaya con Dios; la nube no descarga ni estalla la bom-
ba. Me hago un nudo en las tripas y me callo. Pero como
quiera vivir aquí, y entrar en sociedad, y alternar, y hacer

pasar el contrabando como cosa legítima, y hasta buscarle a la niña un novio, entonces soy yo, Felipa Luengo, Siete Lenguas, como me dicen, quien pone al corriente de todo a Agustina. Una amiga mía como ella no corre ese ridículo mientras tenga yo, no siete lenguas, una, y muy pelada. Me sobran seis.

MARIA REYES.—¡Jesús, Jesús, Jesús!...

FELIPA.—Con que ¿qué tal? ¿Qué te parece el cuentecito?...¡Señor! ¡Lo que hablan las mujeres!

MARIA REYES.—No vuelvo de mi asombro, Felipa. Porque tú me lo cuentas lo creo. ¡Qué hombres!

FELIPA.—A saber si el tuyo se yevaría al otro mundo algún secreto por el estilo.

MARIA REYES.—¡No! ¡Pobre Ricardo! ¡Si no se separaba nunca de mí!...

FELIPA.—Eso sí es verdad.

MARIA REYES.—¡Siempre pegadito a mis faldas! ...

FELIPA.—¡Como que les llamaban a ustedes la carta y el sello! Pues, a pesar de eso, María Reyes...

MARIA REYES.—¡No! ¡Pobrecito él!

FELIPA.—Paz a los muertos. Pero mira que yo una noche he sorprendido al mío, a mi tímido Cayetano, en un jolgorio de gente baja, bailando el agarrao con una cocinera comunista. Me dolió más porque lo hizo el mismo día que nos retratamos en grupo con los cinco chiquillos. ¡Hijos de mi alma! Un cuadro de familia. Y por la noche, el sinvergonzón, ¡venga schotis!... ¡Te digo!

Vuelve Agustina. Trae consigo el bolso de las limosnas que nombró antes.

AGUSTINA.—¿Vamos?

FELIPA.—Vamos, sí.

MARIA REYES.—Aquí hemos estado cortándote una falda.

FELIPA.—¿Una falda? ¡Y una salida de teatro!

AGUSTINA.—Lo creo. Antes de yegar al Convento vamos a pasarnos por casa de María Manuela Montemayor, que tiene al marido con la gripe.

FELIPA.—¡Anda y que se muera!

AGUSTINA.—¡Mujer!

FELIPA.—¡No compadezcas a ningún marido!

AGUSTINA.—¡Qué cosas dices! Claro que de labios afue-

ra. Me gusta cumplir con la gente, Felipa; me gusta cu[...]plir.

Y, charloteando, se van a la calle las tres amigas. Que[...] un momento sola la escena, y en seguida reaparece por do[...]de se marchó nuestro preocupado don Miguel de los Sant[...] que habla esta vez consigo mismo.

DON MIGUEL.—¿Por qué me desconcierta y me inqu[...]ta a mí de este modo la presencia aquí de esa criatura? ¡C[...] el tiempo que hace que no la veo!... ¡Si ni me conocerá [...] quiera!... Sí; conocerme, sí... Y un encuentro con ella delan[...] de gente... A lo mejor no soy dueño de mí... ¿Para qué qu[...] querrían más comidilla en Puebla?...

Inopinadamente llega por la cancela Curro Cortina, [...] quien ya tenemos las referencias suficientes.

CURRO.—¡A la paz de Dios!

DON MIGUEL.—(Dando un salto.) ¡Curro!

CURRO. ¡No te asustes, hombre; vengo solo! Y adem[...] he visto salir a Agustina. Y la he saludado.

DON MIGUEL.—¿A Agustina?

CURRO.—Sí; a tu mujer. ¿Por qué no? Al pronto no ca[...] en quién yo era. ¡Una ausencia tan larga!... Por cierto q[...] me ha presentado a una viuda que apaga las luces. ¡Vaya u[...] mujer guapa! ¡Guapa... junto a la tuya! ¿He dicho algo?

DON MIGUEL.—Sí; has dicho algo. Pero no desvíes [...] conversación. Esta visita es impertinente.

CURRO.—¿Por qué?

DON MIGUEL.—¿A qué diantres vienes; me lo quier[...] decir?

CURRO.—A verte, como otras veces he venido...

DON MIGUEL.—Varían las circunstancias, Curro. Tú [...] sabes el revuelo que ha movido en Puebla la niña.

CURRO.—¡En los pueblos todo es motivo de revuelo! P[...]ro acaso porque yo sea el padre de tu hija, cosa que no sab[...]mos más que tú y yo, vamos a dejar de tratarnos?

DON MIGUEL.—¿Tú el padre de mi hija?...

CURRO.—¡O tú el padre de la mía!... ¡Como quieras! ¿N[...] somos parientes? ¿No llevamos el mismo apellido? ¿Hem[...] roto alguna vez nuestras relaciones? ¡Entonces!... ¿Has vi[...]to a la niña?

DON MIGUEL.—No. Rehuyo el encuentro.

CURRO.—Ese miedo va a delatarte.

DON MIGUEL.—Es posible. Desde que nació la criatu[...]

lo siento, sin poder desecharlo. ¡Figúrate ahora! Esa niña es testimonio vivo de una traición mía a la mujer más buena del mundo, a la más noble de las mujeres; no quiero pensar en la catástrofe moral que sería para mi Agustina el descubrirlo. Creo que la mataría el desengaño.

CURRO.—No exageres, hombre. ¿Ni por qué ha de descubrirlo a estas alturas? Tú hiciste lo que debiste hacer para lavar tu falta: le buscaste a tu amante... un marido, que además se llamara Cortina, como tú, para que la criatura llevase tu apellido, y ese matrimonio se consolidó, y hemos vivido veinte años felices y contentos. La pobrecita llegó a tomarme ley. Te aseguro que a los pocos años de casados, ya casi no se acordaba de ti... más que cuando te retardabas en mandar la mesada, por ejemplo.

DON MIGUEL.—Pocas veces habrá sido entonces.

CURRO.—No te vayas a picar ahora encima de todo. El favor que yo te hice también fué de arroba.

DON MIGUEL.—¡El mayor que me han hecho en este mundo! No lo olvido, no. Y buenas pruebas creo que tienes tú de ello. Dame un abrazo, Curro.

CURRO.—¿Tiemblas? ¡Eres un chiquillo! ¡No lo eche a rodar todo tu flaqueza de última hora!

DON MIGUEL.—¡Pícaros años!... ¡Cómo lo enternecen a uno!... Oye, dime: ¿sigue pareciéndose a su madre la niña?

CURRO.—¿Cómo no? Los ojos, sobre todo, son idénticos.

DON MIGUEL.—¿Los ojos, eh?

CURRO.—Pero, mira tú lo que son las cosas; te vas a reír; todo el mundo dice que se parece más a mí que a su madre.

DON MIGUEL.—¡Hombre!

CURRO.—Te lo cuento para que te tranquilices.

DON MIGUEL.—¡Qué disparate!

CURRO.—¿Disparate que la gente encuentre en una hija parecido a su padre?

DON MIGUEL.—¡Curro!...

CURRO.—¡Miguel!... Nada te conviene a ti más, después de todo. Además, si lo recapacitas, hasta lógico es.

DON MIGUEL.—¿Lógico?

CURRO.—Tú has vivido lejos de ella, y ella ha vivido y ha crecido junto a mí, bajo el mismo techo... El trato común, el reflejo de las miradas moldean las fisonomías de las

criaturas, engendran una semejanza particular, no lo dudes Sobre todo, la gente lo dice.

DON MIGUEL.—¡La gente ve visiones!

CURRO.—¡Ah! ¿Porque se parece Pepita a mí ve visiones la gente? ¡Buenas van las máscaras!

DON MIGUEL.—Dejemos esto. ¿Me quieres decir ahora Curro Cortina de mis entretelas, a qué santo me la ha traído a Puebla de las Mujeres?

CURRO.—¡Alto, Miguel de los Santos, también Cortina Yo no la he traído a ella: ella me ha traído a mí.

DON MIGUEL.—¿Cómo es eso?

CURRO.—Una compañerita de colegio —ya recuerdas qu la educamos en Alcalá de los Gazules— cayó el mes pasad por Las Canteras, y la invitó cariñosamente a pasar uno días en su casa. Y aquí estamos. No hay más.

DON MIGUEL.—¿Tú también en casa de esa compañerita?

CURRO.—No, no; eso hubiera sido un abuso. Y yo n abuso más que de ti, con quien me une, además del sanguíneo, este parentesco tan original.

DON MIGUEL.—Pero tú has debido quitarle de la cabeza a Pepita...

CURRO.—¿Yo, de la cabeza, a Pepita? No seas iluso Pepita no hace nunca más que su antojo. Es terca, caprichosa, tenaz... No hace más que su antojo. En esto se parec también a mi idolatrada Consuelo, que santa gloria haya. ¿T te acuerdas?

DON MIGUEL.—Sí, hombre, sí.

CURRO.—Y por si fuera poco, yo, como padre, no s negarle nada a Pepita. No sé. Me hace una zalamería..., u arrumaco... y me convence siempre. ¡Es tan salada!... Soy u padrazo, hijo. Si te pica, te rascas; pero soy un padrazo.

DON MIGUEL.—No, pues ni me rasco, ni me pica. Pero vamos a ver: ¿cómo se llama la muchachita ésa que ha invitado a la niña?

CURRO.—Natividad Carbón.

DON MIGUEL.—¡Atiza! ¡En buena casita ha caído! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Las Carbonillas! ¡Tres hermanas solteras que se levantan hablando y se acuestan hablando!

CURRO.—Y que creo que duermen hablando. La niña m lo ha dicho.

DON MIGUEL.—Bien: yo procuraré verla cuanto antes... y en seguida, con cualquier pretexto, te la llevas de aquí.

CURRO.—Falta que ella quiera, Miguel. Soy un padrazo.

DON MIGUEL.—¡Deja de ser padrazo una vez siquiera! ¿Tanto trabajo ha de costarte?

CURRO.—Mira; se me ocurre de momento una idea feliz.

DON MIGUEL.—¿Una idea feliz?

CURRO.—Que te va a costar el dinero.

DON MIGUEL.—Es una felicidad relativa.

CURRO.—Nunca llueve a gusto de todos.

DON MIGUEL.—Dime.

CURRO.—Cumplido ya de sobra el luto de su madre, la chiquilla tiene la ilusión de un viaje a Granada, a Córdoba, a Sevilla...

DON MIGUEL.—Llévala.

CURRO.—¿Y si la Carbonilla que la ha invitado... quisiera acompañarla?...

DON MIGUEL.—Llévala también. Así es más seguro el viaje.

CURRO.—Evidentemente. Bueno, pero...

DON MIGUEL.—¡Sí, hombre, sí!

CURRO.—Es que no tienes idea de lo que estoy gastando.

DON MIGUEL.—¿Que yo no tengo idea?

CURRO.—La muchacha ha crecido mucho, el espejo no para de piropearla, le gusta vestirse, es elegantita... Y yo, te lo repito, Miguel ¡no sé negarle nada!

DON MIGUEL.—¡Ni yo tampoco! ¡Todo se andará! ¡Dame otro abrazo, Curro!

CURRO.—¡De la mejor gana! ¡Lo que encierra una cancela, Miguel!

DON MIGUEL.—¡Lo que cuesta un secreto, Curro! ¿Viene alguien?

CURRO.—¡Venga quien quiera, desdichado! ¿Vuelta al miedo otra vez?

DON MIGUEL.—Márchate ya, por tu salud.

CURRO.—Ahora mismo. Ya nos veremos por ahí. Adiós, Miguelillo.

DON MIGUEL.—Adiós, Currete.

CURRO.—Ve por el Casino, que me he hecho socio transeúnte.

DON MIGUEL.—Iré por el Casino.

CURRO.—Te ganaré al billar.

DON MIGUEL.—¡Me ganas a todo!

CURRO.—(Saludando en el zaguán a Aurelio y a Ramonón, que llegan). Buenos días, señores.

AURELIO.—Buenos días.

RAMONON.—Buenos días.

CURRO.—Aquí tienes visita, Miguel. (Y se va a la calle, cada vez más contento de su suerte).

(Aurelio y Ramonón son dos muchachos de la buena sociedad de Puebla. El uno es muy listo y el otro muy bruto, y, sin embargo, son íntimos amigos).

AURELIO.—¡Don Miguel!

DON MIGUEL.—¡Hola, buena gente!

RAMONON.—¿Está usté malo, don Migué?

DON MIGUEL.—No. ¿Por qué? ¿Tengo mala cara?

AURELIO.—Como no ha ido usted por la bodega... ¿No íbamos a tomarnos esta mañana unas copitas después de misa?

DON MIGUEL.—¡Es verdad! ¿Dónde se me ha ido a mí la cabeza? Perdonadme. Y no hay nada perdido: vamos a tomarlas aquí.

AURELIO.—Deje usted...

RAMONON.—¡No, hombre, no; que no deje! ¡Deja tú!

DON MIGUEL.—(Llamando.) ¡Matea!

AURELIO.—(Impaciente). ¿Es usted muy amigo del padre de...?

DON MIGUEL.—(A Matea, que sale por la puerta que da al jardín). Oye, Matea; llévanos al jardín una botella de vino y unas copas.

MATEA.—Zí, zeñó.

RAMONON.—¡Y unas lonjitas de jamón pa empaparlo!

DON MIGUEL.—¡Eso no hace falta decírselo, hombre!

MATEA.—¡Ya ze ve que no! ¡Una coza tira de la otra! ¿De cuá jamón pongo, don Migué?

DON MIGUEL.—Del que pruebas siempre al cortarlo.

MATEA.—Ya zé cuál es. (Y se retira relamiéndose).

DON MIGUEL.—¿Qué me preguntabas tú, Aurelio?

AURELIO.—Si es usted muy amigo del padre de... de Pepita Cortina; de la forasterita.

DON MIGUEL.—¿Eh?

AURELIO.—¿No es ése que salía?

DON MIGUEL.—Sí; ése es.

RAMONON.—¿Y hasta argo parientes zon ustedes, no?

DON MIGUEL.—¡El parentesco no lo alcanza un galgo!...

Es que llevamos el mismo apellido...
AURELIO.—Cortinas los dos.
DON MIGUEL.—Sí; pero esos son otros Cortinas.
RAMONON.—¡Cortinas de otra tela!
DON MIGUEL.—No; no es que yo lo rebaje, no... Apenas nos tratamos. De higos a brevas alguna vez...
AURELIO.—¡Qué chiquilla tiene!
DON MIGUEL.—¿Sí, verdad?
AURELIO.—¿Usted no la conoce? ¿No la ha visto ahora?
DON MIGUEL.—Ahora, no.
AURELIO.—¡Pues está hecha un clavel! ¡Qué chiquilla, don Miguel de los Santos! ¡Qué hermosura!
DON MIGUEL.—¿Sí, eh?
RAMONON.—To lo que diga es poco. Una revolución. ¡Pa que vayan detrás de eya los guardias de Azarto! Paza por er Cazino y no hay un zocio que no relinche.
AURELIO.—¿Quieres callarte, burro? ¡No seas bestia! Yo soy socio, y la veo pasar y no relincho.
RAMONON.—¡Pos date de baja!
AURELIO.—¿Usted entiende que yo sea amigo de este animal?
RAMONON.—¡Como que es mentira! Vaya usté por er Cazino temprano, que es cuando paza eya. ¡Zu padre ze mete en er biyá pa no tené cuestiones!...
AURELIO.—Refiriéndose a esa mujer no se pueden decir ciertas atrocidades.
RAMONON.—¡Ya zartó er romántico!
AURELIO.—No, hombre; ya saltó la persona que no anda en cuatro patas. Don Miguel, le aseguro a usted que la hija de ese hombre me ha vuelto el juicio.
DON MIGUEL.—¡Muchacho!
RAMONON.—No es la primera ni zerá la úrtima: es más enamorao que un mico.
AURELIO.—Calla, borricote. He hablado con ella dos días en los que lleva aquí, y me he prendado como un tonto.
DON MIGUEL.—¡Muchacho!
RAMONON.—Como un tonto: er lo ha dicho.
(Oye don Miguel a Aurelio con disimulada emoción de padre, y a Ramonón, con ganas de pegarle, que es claro que también disimula.)
AURELIO.—Lo vale, don Miguel. No es una muchacha

bonita como hay tantas; es algo especial. Los ojos hablan, la boca mira, las manos ríen...

RAMONON.—Usté verá que es un fenómeno: ¡to lo tiene cambiao!

AURELIO.—¿Quieres callarte?

RAMONON.—Y ¿qué hacen laz orejas, que no lo has dicho?

AURELIO.—Las orejas, serrarse, como dos capullos, para no escuchar groserías, y abrirse como dos claveles para oír todas las flores que pueden decírsele. ¡Quién fuera poeta!

DON MIGUEL.—Tú lo eres ahora mismo. ¡Pero te veo muy encandilado, Aurelio!

AURELIO.—Por algo le preguntaba yo a usted si es amigo del padre. Cuando usted la vea me dirá si no tengo razón para estar así. A mis años, hubiera usted sentido lo mismo que yo. ¡Qué preciosidad, don Miguel! ¡Qué gracia, qué salero hablando! ¡Qué ángel en toda su persona! Pues ¿y el color que tiene? ¡No le he dicho a usted nada del color! No hay palabras para describirlo: hay que verlo.

RAMONON.—¿No zerá pinturiya?

AURELIO.—¡Lo que te dé la gana!

DON MIGUEL.—Ya tengo yo deseos de encontrarme con esa preciosidad.

AURELIO.—¡Y me dará usted la razón!

RAMONON.—Farta le hace, porque la ha perdío. No es que no zea bonita; pero no hay pa zublimarze tanto como éste. Es una mujé de un peazo; pero es una mujé pa corré una juerga con eya.

AURELIO.—¡Animal!

RAMONON.—Pa convidarla un madrugá a calentitos y aguardiente.

AURELIO.—¡Hombre, por Dios!

RAMONON.—¡Pa verla bañarse en la playa de Rota—¿eh, don Migué?— y atracarse de pescao ar día ziguiente!

AURELIO.—¿Qué hago, lo estrangulo?

DON MIGUEL.—Lo que es yo, en tu lugar...

RAMONON.—Y además, eza niña es de las que engordan.

AURELIO.—¿Usted oye?

RAMONON.—Eza, en cuanto ze caze, ze pone hecha un baú.

AURELIO.—¡Ramonón, no sigas! ¿Ve usted, don Miguel

Este bárbaro, apenas me gusta una muchacha, empieza a decirme esas cosas para desilusionarme. ¡Y yo no lo mando a coger coquinas! ¡Y soy su amigo! ¡Y hasta tengo cierta debilidad por él!

RAMONON.—¡Por agradecimiento! Zi no hubiera zío por mí, te habrías cazao ya zeis o ziete veces. "En cuanto acabe la carrera me cazo". Esto no ze le cae de la boca, don Migué. Y yo creo que ezo de cazarse ze ha quedao ya antiguo. Y él es er listo y yo zoy er bruto.

DON MIGUEL.—Eso es un axioma, Ramonón.

RAMONON.—¿Un qué?

DON MIGUEL.—El listo me ha entendido.

RAMONON.—Y yo también, no crea usté que no: ¡por cauza de un arzioma me revorcaron a mí en Matemáticas!... Er tribunál me pidió que puziera un ejemplo y yo dije: er gazpacho en verano zabe mucho mejó que en invierno. ¿Nececita esto demostrarze? ¡Por me dieron un zuspenzo que me vorvieron loco!

(Ríen los tres).

DON MIGUEL.—Escúchame, Aurelio: como yo hace mucho que no veo a Pepita... ¿Se parece tanto a su padre como dicen algunos?

AURELIO.—¡Vamos! ¡Qué más quisiera el padre!

DON MIGUEL.—¿No, verdad?

AURELIO.—¡Ni sombra, don Miguel! Ya es bastante gloria para ese hombre haberla traído al mundo—Fidias le llamo yo—; pero parecerse... ¡ni en un pelo!

RAMONON.—A quien ze parece es a la madre.

AURELIO.—¿A la madre?

DON MIGUEL.—(Turbado.) ¿Tú la conociste?

RAMONON.—No, zeñó: pero cuando una criatura no ze paece a zu padre, ze paece a zu madre. ¡A arguien ze tiene que parecé! ¡Écheme usté a mí arziomas!

AURELIO.—¡No se parece a nadie, sino a ella misma! ¡Al rosal de donde ha nacido!

RAMONON.—¡Arrea!

AURELIO.—Arreo. Al lado tuyo es inevitable, Ramonón. (Vuelve Matea).

MATEA.—Ya están zervidos los zeñores.

DON MIGUEL.—¡Ea! pues vamos a tomarnos esas copias, por el deseo de cada uno.

AURELIO.—¡Hágamelo usted bueno!

RAMONON.—A éste va a zé mesté amarrarlo. ¡Está como

nunca! Bueno, don Migué, y zi nos ponemos pezaos, noz ec
usté a la caye.

DON MIGUEL.—No, no será preciso...

(Entrase hacia el jardín).

MATEA.—(Apenas se vé sola). ¡De las cozas que me
toy enterando yo!... ¡Huy!... ¡Lo que ez esta noche, en
ventana, ze las cuento a mi Vicentiyo!

(De pronto, en la puerta de la calle, óyese una voz de m
chacha quejarse dolorosamente. Es Pepita, que viene aco
pañada de su amiga Natividad, y que acaba de sufrir un pe
cance).

PEPITA.—¡Ay!... ¡ay!...

MATEA.—¿Qué ez ezo?

PEPITA.—¡Ay!...

MATEA.—¿Qué ha pazao?

NATIVIDAD.—¡Vaya por Dios!

PEPITA.—¡Ay!...

NATIVIDAD.—Levántate; no habrá sido nada.

PEPITA.—¡Ay!... ¡No puedo levantarme! Ayúdame tú.

NATIVIDAD.—¡Dichosos tacones!...

PEPITA.—¡Ay!... ¡Me parece que me he roto el tobillo

MATEA.—¿Eh? Pero ¿quién es? ¿Zerá la señora?

(Corre a la calle).

PEPITA.—¡Ay!... ¡ay!...

NATIVIDAD.—No ha sido nada, no... El susto...

PEPITA.—¡Ay!... ¡No puedo levantarme!

NATIVIDAD.—Vamos a entrar aquí, que es una ca
amiga.

MATEA.—Entre usté, zeñorita, entre usté... ¿Ze ha r
balao en las lozas? Entre usté.

PEPITA.—¡Ay!...

(Entran las tres en el zaguán. Pepita, cojeando, se apo
en su amiga y en Matea, y así pasan a la media casa, don
sientan a Pepite en una silla.

NATIVIDAD. — Ya se te aliviará; no ha sido nada
nada...

PEPITA.—¡Tú no sabes lo que me duele! ¡Jesús, qué h
tacazo más tonto!

MATEA.—Ziénteze usté aquí. ¿Ze habrá usté roto argo

PEPITA.—¡Ay!...

NATIVIDAD.—¿Están los señores?

MATEA.—La zeñora ha zalío, pero don Migué está ayá dentro. ¿Quié usté que lo yame?

PEPITA.—¡No, no, por Dos!...

NATIVIDADD.—Mujer, ¡pues ya lo creo! Vamos a explicarle este asalto a su casa.

PEPITA.—¡Ay!... Lo que tú quieras.

NATIVIDAD.—Llama, llama al señor.

MATEA.—(Desde el ventanal, a voz en cuello). ¡Don Migué! ¡Don Migué! ¡Venga usté corriendo, que la zeñorita forastera ze ha roto una pierna en la caye!

PEPITA.—¡Ave María Purísima! ¡No! ¡no!

MATEA.—Ziénteze usté aquí. Gracias a Dios no se ha roto nada. ¡Qué ocurrencia!

MATEA.—(Insistiendo). ¡Que no ze ha roto na, pero que ze ha azustao!

PEPITA.—¡Ay!... Eso, sí.

MATEA.—¿Quiere usté una poquita e agua?

PEPITA.—Sí, sí. Tráeme un vasito.

MATEA.—Corriendo estoy aquí. (Vase a escape por la primera puerta).

PEPITA.—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

NATIVIDAD.—¡Eres una cómica, Pepita! Pero ¡qué cómica! ¡Hasta a mí misma me lo has hecho creer! ¿No te duele de veras?

PEPITA.—¿Qué ha de dolerme, simple? ¿Tú sabes lo que grito yo cuando me duele de verdad siquiera una uña? Para que te convenzas. (Se levanta un momento y da un gracioso paseíto).

NATIVIDAD.—¡Ja, ja, ja!

PEPITA.—(Volviendo a sentarse). ¡Luego bailaremos en tu casa unas sevillanas! Yo te dije que hoy entraba aquí sin que me presentara nadie, y aquí estoy ya.

NATIVIDAD.—Sí; pero el por qué de esta comedia no me lo descubres.

PEPITA.—¡Cosas mías! (Sintiendo llegar gente). ¡Aay!... ¡Ay!... ¡Aaaay!...

Desolado aparece Aurelio por donde se marchó y corre a ella. Inmediatamente lo siguen don Miguel de los Santos y Ramonón, que también acuden a Pepita, aunque con muy diversos sentimientos).

AURELIO.—¿Qué ha sido eso, Pepita?

PEPITA.—¡Aurelio! ¿Tú aquí?

AURELIO.—¿Qué ha sido eso?

PEPITA.—¡Ay!...

NATIVIDAD.—Nada; no ha sido nada...

PEPITA.—Un resbalón, un batacazo... Me he torcido tobillo... ¡Ay!...

AURELIO.—¿Te duele mucho?

PEPITA.—¡Ay!...¡ay!...

DON MIGUEL.—¿Qué? ¿Qué ha sido? ¡Pepita!

PEPITA.—¡Don Miguel! ¡Dichosos los ojos!... (Le tien una mano). He tenido que caerme a la puerta de su ca para que usted me vea...

DON MIGUEL.—A este precio, no hubiera yo querido

NATIVIDAD.—¡Claro!

PEPITA.—¡Ay!... ¡Ay!...

RAMONON.—Pero, Pepita, ¿a quién ze le ocurre caerz ¡Los tacones! ¡ezos zon los tacones!

PEPITA.—¿Tú también aquí? ¡Digo! ¡Estando Aurelio!

NATIVIDAD.—Ha dao la infeliz una caída más tonta...

RAMONON.—¡Me hubiera gustao verla!

PEPITA.—¡Animal!

RAMONON.—¿Oye usté, don Migué? ¡Me yama anin y me conoce hace cuatro días!

PEPITA.—¡Figúrece usted lo que le llamaré cuando ll vemos un mes de trato! ¡Ay!...

(Viene Matea con el vaso de agua.)

MATEA.—¡El agua! ¡Aquí está el agua!

PEPITA.—Trae acá. ¿Ustedes gustan?

RAMONON.—¡La que gusta eres tú! ¡Y zi no que lo di éste!

AURELIO.—¡Pero cuidado que eres ganso e inoportun

PEPITA.—Dios te lo pague, hija. (Le devuelve el vaso Matea).

MATEA.—Zervidora. (Se marcha hacia el jardín, haciend grandes aspavientos).

PEPITA.—¡Ay!... ¡Ay!...

DON MIGUEL.—No dejas de quejarte... ¿Habrá rotur niña?

PEPITA.—No, no creo... Me dolería más...

NATIVIDAD.—Dislocado el tobillo, acaso...

AURELIO.—¡Voy a ir yo por mi hermano, que es médico

PEPITA.—No, Aurelio, no; no vale la pena...

DON MIGUEL.—Quizá baste con una fricción...

PEPITA.—Puede...

RAMONON.—¡De arcohó de romero! ¡Ya mismo ze la doy, zi me deja!

PEPITA.—¡Vamos!

NATIVIDAD.—Si hiciera falta, yo se la daría.

(Irrumpe en este momento en la casa, en trágica actitud, a tono con sus sentimientos de padre, asustando a todos con sus gritos, Curro Cortina.)

CURRO.—¡Hija! ¡Hija!

PEPITA.—¡Papá!

CURRO.—¿Qué me han dicho? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te has roto?

PEPITA.—¡Nada absolutamente!

CURRO.—¿Nada?

PEPITA.—¡Nada, papaíto! ¡Mírame entera! (Se levanta y vuelve a sentarse). ¡Ay!... No puedo moverme. Me duele mucho. ¡Ay!...

AURELIO.—¡Yo voy por mi hermano, Pepita!

PEPITA.—¡No, Aurelio, no!

AURELIO.—¡Vaya si voy ahora mismo!

RAMONON.—¡Y yo por el arcohó pa las friegas!

(Se van los dos corriendo).

PEPITA.—Es una tontería... Una molestia inútil... ¡Ay!...

DON MIGUEL.—No, niña, no... Es preciso que alguien te vea...

PEPITA.—¿Usted cree?

CURRO.—¿Tú sabes lo que a mí me habían dicho?

PEPITA.—Pero ¿ha corrido ya la noticia?

NATIVIDAD.—¿Qué le habían dicho a usted?

PEPITA.—¿Qué te habían dicho?

CURRO.—¡Que te habías roto las dos piernas y una costilla, y te habías deshecho la cara! ¡La cara! ¡Nada más!

PEPITA.—¡En nombre del Padre!

NATIVIDAD.—¿De dónde habrá salido eso?

DON MIGUEL.—La imaginación de la gente...

CURRO.—Sí; pero tú calcula mi susto; hasta venir a verla sana... (Conmoviéndose). No sabes lo que pasó por mí. Los padres somos como Dios nos ha hecho.

DON MIGUEL.—Sí; ya, ya...

PEPITA.—Pues no te apures, papaíto; que gracias a Dios no estoy coja. Tú me verás bailar.

CURRO.—¡Hija de mi vida!

PEPITA.—¡Que no te apures!

CURRO.—¿Lo ves, Miguel? Soy un padrazo.

(Viene en esto de la calle, atribuladísima también, Agustina. Don Miguel, al verla, no puede reprimir un movimiento de contrariedad, de temor).

AGUSTINA. — Todavía en el zaguán. ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

PEPITA.—¿Eh?

AGUSTINA.—¡Ya me ha dicho Aurelio! ¡Pobrecita!

PEPITA.—¡Señora!

AGUSTINA.—¡Quieta! ¡No se levante! ¿Se ha hecho usted mucho daño?

PEPITA.—No... sí... ¡Ay!...

AUSTINA.—¡Pobrecita! ¿Le duele mucho? ¡Hola, Natividad! Discúlpame.

NATIVIDAD.—¡Agustina, por Dios!

AGUSTINA.—Aurelio me ha dicho que viene en seguida con su hermano.

PEPITA.—¡Ay!...

AGUSTINA.—A mí me pasó lo mismo esta primavera... ¿Te acuerdas, Miguel? En la Huerta, al entrar...

DON MIGUEL.—Sí

AGUSTINA.—Y no fué nada. Cuatro días de reposo. ¿Te acuerdas?

DON MIGUEL.—Sí, sí...

NATIVIDAD.—En estas cosas suele ser más el susto...

PEPITA.—¡Ay!...

AGUSTINA.—Sí, sí; al principio no deja de doler... Pero pasa pronto. Eso, sí: cuatro o cinco días quietecita tendrá usted que estarse... Así descansarán los muchachos. ¡Hija mía, cómo los trae usted!

PEPITA.—¿Yo? ¡Pobre de mí!

AGUSTINA.—¡El pueblo entero está revuelto!... ¡La forasterita!... ¡la forasterita!... ¡Qué cosas se oyen! Y yo creía que exageraban... Pero ya veo que no... La vi a usted primero de lejos y ahora de cerca, y ya veo que no... ya veo que no... ¡Todo es merecido!

PEPITA.—Señora, no me abochorne usted... ¡Ay!

AGUSTINA.—Es encantadora la chiquilla, Cortina... Ha tenido usted mucha suerte en su matrimonio.

CURRO.—¡Je! No puedo negarlo.

AGUSTINA.—¿Y es... hija única?

DON MIGUEL.—¡Unica!

CURRO.—Sí, sí; única. Por eso la tengo tan consentidota y tan mimadilla...

PEPITA.—(Con explosión de amor filial.) ¡Ay, qué retebueno es mi papaíto!

CURRO.—¡Hija de mi alma! Lloriqueando. No me digas esas cosas delante de gente, que me hago una jalea.

DON MIGUEL.—Vaya, vaya...

CURRO.—Yo lo comprendo: me pongo en ridículo...

AGUSTINA.—No... ¿Por qué? ¿Dónde hay nada más respetable que un cariño así?

NATIVIDAD.—¿Se te va pasando el dolor?

PEPITA.—Un poquito.

CURRO.—Pues vamos a ir pensando en la manera de trasladarte a casa.

NATIVIDAD.—Que traigan un coche.

AGUSTINA.—Pero ¿qué están ustedes diciendo? Esta niña no se mueve de aquí hasta que venga el médico y la vea y ella pueda salir por su pie.

PEPITA.—No...

NATIVIDAD.—En casa estará bien atendida.

AGUSTINA.—No te ofendas, Natividad... ¿Quién puede dudarlo? Pero no es eso... Es que sería imprudente... Ahora, quietud completa...

CURRO.—Yo lo agradezco, pero comprenda usted, Agustina...

PEPITA. — Tiene papá razón: sería una molestia... un abuso...

AGUSTINA.—Ni hablar de eso, niña. Ya que ha tenido usted la suerte o la desgracia de caer aquí, yo he de hacer lo que debo.

DON MIGUEL.—(Como con una soga al cuello.) ¡Claro!

PEPITA.—A mí me da mucha fatiga...

AGUSTINA.—En último caso, el médico decidirá. Por de pronto vamos a llevarla a usted, entre Natividad y yo, a una cama turca que tenemos ahí junto al jardín...

PEPITA.—Si usted se empeña... Mucho había oído hablar de su amabilidad, pero...

AGUSTINA.—Déjese de cumplidos... Ande, apóyese en mí...

PEPITA.—¡Ay!...

NATIVIDAD.—Agárrate bien.

AGUSTINA.—Procure usted no pisar sobre el pie lastimado.

PEPITA.—¡Ay!...

NATIVIDAD.—Me duele a mí, de oírla, tanto como a ella

AGUSTINA.—Vamos: un pasito. Así... ¿Usted ve?

PEPITA. — Pero, ¡qué cariñosa!... ¡Qué buena!... ¡Qu amable!...

AGUSTINA.—Otro pasito, Así, así... ¿Ve usted? ¡Si es l mío de esta primavera!...

PEPITA.—¡Ay!... ¡Ay!...

AGUSTINA.—¡Vaya por Dios!

PEPITA.—¡Ay!...

AGUSTINA.—Nada, nada... No se asuste... No es nada.

NATIVIDAD.—Vamos, vamos...

PEPITA.—¡Ay!...

AGUSTINA.—Vamos.

PEPITA.—¡Ay!...

(Entrando por la puerta que conduce al jardín. Don Migu de los Santos y Curro se miran entonces interrogándose e silencio. Luego rompen a hablar.)

DON MIGUEL.—¿Lo ha hecho Dios o lo ha hecho el dia blo?

CURRO.—¡Ni el diablo ni Dios! ¡Lo ha hecho ella!

DON MIGUEL.—¿Ella?

CURRO.—¡Ella! ¡Ni le duele nada, ni está coja, ni ese el camino! ¡La conozco como si fuera mi hija! ¡Lo ha hech ella!

DON MIGUEL.—Y ella... ¿por qué? ¿Por qué?

(Y Curro no sabe qué contestarle).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo sitio que el anterior, a los ocho días. Es a media tarde.

(De la calle viene María Reyes y simultáneamente sale Matea por la puerta que conduce al jardín).

MATEA.—¿Quién?

MARIA REYES.—Gente de paz. Buenas tarde.

MATEA.—Tenga usté buenas tarde.

MARIA REYES.—¿Están los señores?

MATEA.—Zí, zeñora. Están en er jardín. Hoy ha armorzao aquí la zeñorita forastera, y ha tenío er capricho de que ze puziera la meza en er jardín.

MARIA REYES.—¿Hay alguien con ellos?

MATEA.—Er zeñorito Aurelio y er zeñorito Ramonón han yegao hace un rato. A tomá café. Por más cierto que er señorito Ramonón ze ha tomao ya tres tazas. Zin leche y zin azúca. Esta noche no coge er zueño.

MARIA REYES.—Bueno, pues ve y dile a don Miguel de mi parte que deseo hablarle un momentito; que aquí lo aguardo.

MATEA.—¡Y yo que tengo que contarle a usté la má de cozas!...

MARIA REYES.—Bueno, ya me las contarás. Anda a lo que te he dicho.

MATEA.—En zeguía. A ve qué ta me porto; porque ya zabe usté que no me fijo en las razones. (Se va).

(María Reyes se sienta, atento el oído a la puerta de la calle).

MARIA REYES.—El viudo me venía siguiendo... ¡Vaya! ¿No entrará? ¡Sí! ¡Digo! Ya está ahí. Le gusto yo a ese hombre; le gusto.

(En efecto, Curro Cortina, que ha venido siguiéndola, lleg a acreditar que ella no se ha engañado).

CURRO.—¡María Reyes!

MARIA REYES.—¡Cortina!

CURRO.—¡Buen encuentro! En esta casa siempre se ca bien. ¿Cómo aquí tan sola?

MARIA REYES.—Esperando estoy a Miguel. Vengo a pa garle los alquileres. ¿No sabía usted que es casero mío?

CURRO.—No.

MARIA REYES.—Pues sí; es mi casero. Yo vivo en es casa que llaman de los Pájaros, que es suya.

CURRO.—¡Ah!

MARIA REYES.—He querido comprársela, pero no la ven de, porque es un recuerdo de Agustina. Y ya ve usted, y que tengo fincas propias en Ronda, en Jerez y en Utrer vivo aquí de prestado, también por un recuerdo. ¡A mi R cardito le encantaba Puebla de las Mujeres! ¡Le sentaba ta bien este clima!...

CURRO.—¿Qué clima?

MARIA REYES.—Este de Puebla; deje usted las malicia ahora.

CURRO.—¡Ah!

MARIA REYES.—Y a usted ¿qué lo trae?

CURRO.—Mi chiquilla. Vengo a recogerla. ¡Si Agustin me deja llevármela!

MARIA REYES.—¿Le ha tomado cariño?

CURRO.—Usted lo ve: no hay día que no se la traiga aqu un rato, con cualquier pretexto.

MARIA REYES.—¡Agustina es tan buena! Y luego, co mo no tiene hijos, y los ha echado siempre tanto de menos!. Sin contar con que Pepita se da a querer en dondequiera en todas partes.

CURRO.—Favor que usted le hace, María Reyes. A Se villa debíamos habernos ido ya, porque ella tenía el caprich de un viaje de recreo; pero ahora, con esta amistad nuev se olvida de todo.

MARIA REYES.—Pues, en Sevilla, por ahí se dice qu había algo más que la Giralda que le llamaba la atención...

CURRO.—¡Psché!... Las muchachas, siempre... Son cosa de la edad. Pero no lo quiero pensar, María Reyes: me d frío que se me la lleven tan pronto.

MARIA REYES.—¿Quién me lo dijo a mí? ¡Ah, sí! F

lipa Luengo. Ella lo supo por Concha Puerto, a quien se lo contó en secreto Mariquita Carbón, que lo había sabido por su hermana Natividad, que es uña y carne de Pepita.

CURRO.—(Suspirando). ¡Ay!

MARIA REYES.—Suspira usted como si fuera a ser la boda mañana.

CURRO.—¡Je!

MARIA REYES.—Y no creo que vayan las cosas tan aprisa.

CURRO.—Pero ¿qué será que ni el amor ni el dinero pueden estar ocultos?

(Vuelve Matea).

MATEA.—Dice la zeñora que en zeguía viene.

MARIA REYES.—¿La señora? ¡Si yo quería hablar con don Miguel!

MATEA.—¡Ah! ¡Con don Migué! ¿Usté ve como no me fijo?

MARIA REYES.—No importa; es igual. Vete.

MATEA.—(Marchándose camino del jardín). ¿Qué haría yo pa fijarme, zeñó?

MARIA REYES.—¿Ustedes paran en casa de las de Carbón, no es eso?

CURRO.—La niña nada más. Yo paro en la fonda.

MARIA REYES.—¿En "Los Leones"?

CURRO.—Justo: en "Los Leones". Los leones en esa fonda son los mosquitos. Mire usted cómo me han puesto la cara en ocho días.

MARIA REYES.—Carne forastera; ya se sabe: la prefieren siempre. Y que tendrá usted quizá la sangre muy dulce.

CURRO.—Por lo menos del agrado de los mosquitos.

(Pausa. Se miran; se sonríen.)

MARIA REYES.—¿Qué está usted pensando?

CURRO.—Que en las pestañas de usted se puede tender ropa.

MARIA REYES.—¡Jesús! ¡Qué exagerao!

CURRO.—¿Su marido de usted se moriría de gusto, verdad?

MARIA REYES.—Calle usted, calle usted.

CURRO.—Yo lo conocí.

MARIA REYES.—¿A mi marido?

CURRO.—Sí; de soltero. Todavía no había echado a la Lotería, ni sabía el hombre lo que era el premio gordo.

MARIA REYES.—Calle usted.

CURRO.—Lo conocí en el Puerto; en los toros. Estaba con unos amigos míos. Era morenito, aceitunoso, casi verde.

MARIA REYES.—Sí; no tenía buen color... El hígado.

CURRO.—Bajito de estatura...

MARIA REYES.—Sí; era bajito.

CURRO.—Muy bajito, mucho.

MARIA REYES.—No; no tan bajito ya. Está usted señalando como si me hubiera casado con una sombrilla de moda. Además, a los hombres no se les mide por la estatura, sino por la frente.

CURRO.—¿Por la frente? ¿También a los casados?

MARIA REYES.—¡También! No sea usted malévolo. Tie- usted mucha picardía.

CURRO.—¿Encuentra usted?

MARIA REYES.—Mucha pimienta: en las palabras y en los ojos.

CURRO.—¡Y usted mucha sal en todas partes!

MARIA REYES.—Calle usted, calle usted. Yo no he venido a esta casa hoy a oír ciertas cosas.

CURRO.—Donde menos se piensa...

MARIA REYES.—Y menos de un hombre que hace dos años perdió a su mujer; a su compañera.

CURRO.—Es verdad.

MARIA REYES.—Perdió a la madre de su hija.

CURRO.—(Después de otro suspiro). ¡Ay! ¿A qué se parece, María Reyes—usted que también ha pasado por ello—, a qué se parece esa soledad en que se queda uno?

MARIA REYES.—¡A nada, Curro, a nada!

CURRO.—A nada, ¿verdad?

MARIA REYES.—¡A nada!

CURRO.—¡A nada! Yo, porque me dejaba una hija, no me tomé un veneno y me fuí tras ella.

MARIA REYES.—Pues yo, como no tenía a quien guardar—el Señor me perdone—, más de una vez pensé en esa locura.

CURRO.—¡En esa locura! (Contemplándola.) ¡Sí que hubiera sido una locura!

MARIA REYES.—¿Vuelta? "¿Para qué vivo yo—me decía?— ¡Si ya no tengo el árbol que me daba sombra!"

CURRO.—¡El arbolito!

MARIA REYES.—Una mata que fuera, Curro: me daba sombra.

CURRO.—¿Más de la que usted tiene?
MARIA REYES.—¡Que estoy hablando en serio, hombre!
CURRO.—Y yo también. Y es mucha verdad todo eso, María Reyes... Pero llega una mañana en que uno se levanta y dice: "¡Vaya! ¡Esto es un contra Dios! ¡Esto no puede ser! La vida es la vida".
MARIA REYES.—Cabalito: así me levanté yo un día. Miré a Dios y dije: "Esto se acabó, corazón. Hay que vivir. ¿Verdad, Padre mío, que hay que vivir?"
CURRO.—¿Cómo si hay que vivir? ¡Hay que vivir... como se pueda, pero hay que vivir! ¡Es ya mi oración cuando me levanto y cuando me acuesto! ¡Hay que vivir!
MARIA REYES.—¡Que chuflón y qué gracioso es usted! (Sale Agstina, que viene del jardín.)
AGUSTINA.—Pero, ¿por qué no has entrado, criatura? ¡Hola, Curro! No sabía que estaba usted también.
CURRO.—Dios guarde a usted, señora.
MARIA REYES.—La muchacha se ha equivocado. Yo le dije que avisara a Miguel. Vengo de inquilina.
AGUSTINA.—¡Ah, ya!
MARIA REYES.—No quiero que me llame tramposa.
AGUSTINA.—Pues pasa al despacho: allí lo tienes.
MARIA REYES.—Voy allá. Adiós, Curro.
CURRO.—Hasta la vista, amiga mía.
AGUSTINA.—Vete luego por el jardín, que allí estamos. (María Reyes se marcha al interior de la casa, sonriéndole al descuido a Curro.)
CURRO.—¿Da mucha guerra mi chiquilla?
AGUSTINA.—¿Guerra? ¡Gloria es lo que da! Me explico que esté usted como tonto con esa muñeca.
CURRO.—Como tonto estoy.
AGUSTINA.—¿No querrá usted llevársela ya?
CURRO.—A eso venía...
AGUSTINA.—Déjela usted todavía un rato... Ahora tiene allí a Aurelio y al amigo... Vamos a no estorbarles. Siéntese usted aquí conmigo un poquito.
CURRO.—Como quiera usted, Agustina. (Esta señora, frente a frente y a solas, me da un poco de miedo.)
AGUSTINA.—Nos trae cautivados Pepita, Curro. A mi marido tanto como a mí.
CURRO.—Sí... Ya...
AGUSTINA.—A veces la mira de manera que parece un novio.

CURRO.—¡Je!

AGUSTINA.—Si yo fuera celosa...

CURRO.—¡Qué disparate!

AGUSTINA.—No, no es disparate. En una mujer celos cabe todo. Por fortuna mía, ni lo soy ni lo he sido nunca.

CURRO.—Es que Miguel es un hombre ejemplar.

AGUSTINA.—Déjese usted de hombres ejemplares. ¡Descubre una todos los días cada gazapo!... Dice mi marido qu hablamos mucho las mujeres... ¡Hablamos poco todavía! ¡S yo le contara a usted cuatro cosas, Curro!

CURRO.—Pues ¿y yo a usted, lo que podría contarle?

AGUSTINA.—¡Claro! Usted, con más motivo... Los hombres, siempre... Sin embargo, Curro, con dificultad podría usted contarme a mí nada que yo no sepa.

CURRO.—¡Je!

AGUSTINA.—De gente de este pueblo, naturalment Pero sí le repito a usted, volviendo a los celos, que no cabe en mi condición. O se cree o no se cree; o se tiene o no s tiene confianzs en un hombre. Si yo la hubiera perdido algun vez en mi marido, hubiera sido con razón y para siempr Nada de sospechas ni de equívocos. Me habría matado el des engaño. Créalo usted.

CURRO.—¿Quién piensa?...

AGUSTINA.—Nadie; no es que yo lo piense. Estamos ha blando, porque ha rodado la conversación. ¿Hay nada má ridículo que los celos? ¡Mire usted que esos matrimonios qu se ponen como los trapos todos los días, para luego hace las paces todas las noches! "¡Sinvergüenza! ¡Granuja! ¡S que tienes una querindonga! ¡Sé dónde la ves! ¡A mí no vuel vas a mirarme a la cara!" Y a las pocas horas, a comerse u bizcochito en vino entre los dos. ¡Vamos! (A un movimient de él.) Su mujer de usted, ¿era quizá celosa?

CURRO. — Tenía sus ramalazos... Pero como, gracias Dios, a mí no me ha faltado nunca jarabe de pico, duraba poco las tormentas, y hemos vivido muy felices.

AGUSTINA.—¿Era de Sevilla?

CURRO.—No; de la provincia: de Ecija.

AGUSTINA.—¿Murió muy joven?

CURRO.—Sí, muy joven. Yo le llevaba cinco años, y y me ve usted...

AGUSTINA.—Ya, ya. Está usted para conquistar todaví

CURRO.—No diría yo tanto...

AGUSTINA.—Yo, sí. Y después de lo que he visto co

María Reyes...

CURRO.—¿Qué ha visto usted?

AGUSTINA.—¡Lo que únicamente un ciego no hubiera visto!

CURRO.—¡Je! ¡Qué buen humor!

AGUSTINA.—¡Con qué pena se moriría su esposa, Curro! No tanto creo yo por dejarlo a usted como por dejar a su hija.

CURRO.—Ciertamente. Adoraba en ella.

AGUSTINA.—¡Hija única, además! ¿La tuvieron ustedes de recién casados?

CURRO.—¡Digo! ¡Y tan recién casados! ¡No pudimos tenerla antes! Trajo sello de urgencia!

AGUSTINA.—Y después de Pepita... ¿nada?

CURRO.—Nada. Un desbarato. Yo esperaba un varón... y se deshizo en el camino.

AGUSTINA.—¡Qué lástima! Vea usted una cosa que está muy mal repartida en el mundo.

CURRO.—¿Qué cosa?

AGUSTINA.—¡Los hijos, Curro! Matrimonios que los desean, como ustedes, tienen una hija, y se acabó. Otros, como nosotros, que también los hemos deseado, ninguno. En cambio, ¡cuántos matrimonios querrían no tenerlos y Dios los carga de criaturas!

CURRO.—¿A usted le hubiera gustado tener hijos?

AGUSTINA.—¡Hubiera sido mi completa felicidad! ¡Esa falta sí la deploro en mi matrimonio! ¡Las cosas que yo he hecho, los viajes, las experiencias, para ver si Dios me los daba!...

CURRO.—¡Je!

AGUSTINA.—Miguel llegó a temer por mi juicio. Y yo le aseguro a usted, Curro, que cuando me convencí de que ya no venían, pasé los meses más amargos de mi existencia. No quiero acordarme. Porque hasta ofendí a Dios. ¿Qué derecho tenía yo a quejarme de nada cuando me había tocado en suerte un marido tan bueno?

CURRO.—¡Claro, claro!

AGUSTINA.—Pero estaba tan desquiciada y tan loca, que recuerdo que alguna noche, durante el insomnio... llegué a pensar en este absurdo: "¡Ya podía Miguel no ser tan bueno, tan bueno... y tener por ahí alguna cosilla de contrabando!"

CURRO.—(Tosiendo inesperadamente.) ¡Ejem! ¡Ejem!

AGUSTINA.—¿Qué es eso?

CURRO.—El tabaco. ¡Ejem! ¡Ejem! Se me agarra de un manera... ¿Decía usted?

AGUSTINA.—Nada; que llegué a pensar hasta esa locu ra: que mi marido tuviese por ahí... ¡Usted calcule: con m condición...! En frío sería capaz de ahogarlo.

CURRO.—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Qué cosas!... ¡Qué demonio!

AGUSTINA.—Acaba usted de hacer ahora un gesto cla vado de Pepita.

CURRO.—¿Sí, eh?

AGUSTINA.—¡Clavado! ¡Qué misterio éste! ¡Cómo sa can los hijos!...

CURRO.—(Turbadísimo.) ¡Sí; cómo sacan!...

AGUSTINA.—La voz, los ademanes, un no sé qué en lo ojos, en la sonrisa...

CURRO.—Sí; claro...

AGUSTINA.—Porque no es que sea Pepita una estamp de usted...

CURRO.—No, no...

AGUSTINA.—Pero hay momentos, hay detalles... ¿Ve us ted? ¡Ahora mismo! ¡Otra cosa!

CURRO.—¿Qué ha sido? ¿Qué?

AGUSTINA.—Nada concreto..., nada... Un matiz..., un un... qué sé yo... ¡Señor, que no puede usted negar que es s padre!

CURRO.—¡Naturalmente! Y, sin embargo, hay quien s asombra de este parecido.

AGUSTINA.—¿Por qué?

CURRO.—No sé... Como ella es mujer y yo hombre... ella es bonita y yo soy feo...

AGUSTINA.—¡Toma! ¡Pues ahí está la gracia! ¡Ese e precisamente, el misterio de los parecidos!

CURRO.—¡Claro!

AGUSTINA.—La gente, por decir cosas originales... ¡L lógico es que la criatura se parezca a usted!

CURRO.—¡Claro!

AGUSTINA....¡No se va a parecer a mi marido!

(Al Curro le da un golpe de tos mucho más fuerte que de antes.)

CURRO.—¡Ejem! ¡Ejem!

AGUSTINA.—¡Caramba! Malo está eso, Curro.

CURRO.—Malo, malo está. Voy a tener que dejar el t baco.

AGUSTINA.—¿Vamos ya otro poquito al jardín?

CURRO.—Vamos, vamos donde usted diga.

AGUSTINA.—¿O prefiere usted esperar aquí a que salga la de la casa de los Pájaros?

CURRO. — ¡No, Agustina, no!... ¡No juegue usted con fuego!

AGUSTINA.—¿Yo? ¡Dios me libre!

CURRO.—Pues vamos, vamos al jardín.

AGUSTINA.—Vamos al jardín.

(Pasa delante de él Agustina, y él dice, entre sí, siguiéndola luego:)

CURRO.—¡Qué ratito! ¡He sudado sangre!

(Salen del interior de la casa María Reyes y don Miguel.)

MARIA REYES.—Aquí lo dejé yo con Agustina.

DON MIGUEL.—¿Y dice usted que el hombre parece tocado?...

MARIA REYES.—Sí, señor, sí... No mienten las señales... Las mujeres no nos equivocamos en eso.

DON MIGUEL.—¿Se insinúa en cierta forma?

MARIA REYES. Se insinúa... Unas miraditas, unas reticencias... Algún suspirillo desde el sótano... ¿Qué clase de persona es?

DON MIGUEL.—¡Buena persona!

MARIA REYES.—¿Persona delicada? ¿Tiene corazón?

DON MIGUEL.—Hará usted lo que quiera de él.

MARIA REYES.—¡No, por Dios! ¡No corra usted tanto! Ahora, que nunca está de más enterarse... ¿Qué sabe Dios lo que estará escrito?

DON MIGUEL.—¡Dios es el único que lo sabe, María Reyes!

MARIA REYES.—¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad! Adiós, casero.

DON MIGUEL.—Adiós, inquilina.

(Ella va hacia el zaguán y él se vuelve al interior de la casa).

(Dentro se oye la voz de Ramonón, que sale en seguida con Aurelio. Vienen del jardín.)

RAMONON.—¿A dónde va usté tan corriendo?

MARIA REYES.—¿Eh? ¿Quién?

RAMONON.—¿A dónde va usté?

MARIA REYES.—¡Hola, Ramonón! ¡Hola, Aurelio.

AURELIO.—¡Hola, María Reyes!

RAMONON.—¿Ze va usté azí, zin vé a Agustina? Pa er jardín va ahora mismo.

MARIA REYES.—Me iba distraída. Pero voy a entrar a despedirme. Saldré por el postigo.

RAMONON.—No perderá usté er tiempo. ¡Y habrá quien lo agradezca!

MARIA REYES.—(Disimulando.) ¿Quién agradezca qué?

RAMONON.—¡Vamos, no ze haga usté la tonta! ¿Uzté zabe lo bien que zabe un vazito e agua con la caló que hace?

MARIA REYES. — ¡Qué Ramonón éste! Sí hace calor hoy, sí...

RAMONON.—¡Como que ya vamos pa junio! Pero éste toavía es er caló. Luego le zigue la caló, y después los calores y las calores, que ya es abrazarse.

MARIA REYES.—¿Cómo, cómo? ¿Qué retahila es ésa?

RAMONON.—¡La marcha der caló en er verano! Ezo ze dice por aquí. Er caló, la caló, los calores y las calores. En er caló ze duerme con la corcha y la zábana; en la caló, con la zábana zola; en los calores, zin zábana ni na, y en las calores ze quiziera uno quitá hasta er peyejo.

MARIA REYES.—¡Ja, ja, ja!

RAMONON.—Ya lo zabe usté: er caló, la caló, los calores y las calores.

MARIA REYES.—Nunca lo había oído. Yo sabía que hacía más o menos calor, pero sin tantas clasificaciones. Vaya, hasta luego.

AURELIO.—Adiós, María Reyes.

RAMONON.—¡Ande usté con Dios, que tiene usté hoy un coló de zandía como pa no dejá ni las pepitas!

MARIA REYES.—¡Jesús! (Entrase.)

AURELIO.—¡Qué mendrugo eres!

RAMONON.—¿Mendrugo? ¡Poco que le ha gustao! Las mueres están hartas ya der nardo y de la roza y de la parmera y de toas ezas curzilerías. Eze estilo tuyo ze ha quedao mu antiguo. Las comparaciones con cozas de comé zon las que les gustan. Y ahí tienes tú: con esta María Reyes era yo capaz de cazarme.

AURELIO.—¡Hombre! ¡Qué novedad! Y con ésta, ¿por qué?

RAMONON.—¡Porque ya ze ha cazao con otro... y no ha engordao más que una mijita! ¡Lo justo!

AURELIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué manía con las carnes!

RAMONON.—Ca uno tiene las zuyas. Ya verás como ze te va a poné a ti Pepita, zi no me haces cazo. Y zi er de Zeviya te la deja.

AURELIO.—¡El de Sevilla!... ¡Y dale! ¡Si eso de Sevilla es un cuento!...

RAMONON. — Ríete de cuentos. Cuando er río zuena... Quien dice er de Zeviya... dice er de aquí..., que la ve a toaz horas.

AURELIO.—¿El de aquí? Ahora no te entiendo.

RAMONON.—Pos mira; me vas a entendé. Esto no ze me pudre a mí en las tripas, Aurelio. (Confidencialmente.) Zomos mu diferentes de carárte, pero zomos buenos amigos. Pa ti Pepita ez una azucena y pa mí una torta de aceite o un mostachón. ¡Aum!

AURELIO.—Bueno, deja ahora...

RAMONON.—Pero zomos leales el uno con el otro. Y yo te lo digo a ti, Aurelio: don Miguel de los Zantos está demaziado melozo con eza niña.

AURELIO.—¡Ramonón!

RAMONON.—Te lo arvierto pa que te fijes.

AURELIO.—¡Qué desatino!

RAMONON.—Delante de eya no manda en zu perzona. Quiere dizimulá... y no zabe. Tartamudea, dice lo que no pienza, loz ojos ze le ponen tiernos... ¡Yo lo he visto y tú también lo has visto!

AURELIO.—¡Qué manera de interpretar!... ¿En qué cabeza cabe?... Lo que le ocurre a don Miguel es que no ve más que por los ojos de Agustina, y basta que a Agustina le haya sido tan simpática Pepita para que a él también se lo sea.

RAMONON.—¡Zí, zí!...

AURELIO.—¿No?

RAMONON.—¡Zí, zí! ¡Tú ziempre en los tejaos! ¡Ni que no zupieras tú tan bien como yo que don Migué ez un punto filipino!

AURELIO.—¡Don Miguel es un caballero!

RAMONON.—Aquí en Puebla, zí.

AURELIO.—¡Don Miguel es un marido intachable!

RAMONON.—En Puebla. Pero zale de Puebla, que es donde le leyeron la carta de Zan Pablo, y en ca rincón tiene un compromizo.

AURELIO.—¡Vamos, Ramonón, no calumnies!

RAMONON.—¡Zí, zí; calurnias! Y que le gustan tiernecitas, como ésta. Er jamón lo deja pa las tapas.

AURELIO.—Mira, vámonos a la calle, porque te voy a dar dos guantazos y no quiero dártelos aquí.

RAMONON.—Ni en la caye que me los das tampoco. Pero

vámonos. (Llevándoselo para el zaguán.) Yo no quiero m
zino que tú ozerves; que te fijes; que ze te caiga un minu
la venda. Don Migué ez un tenorio, Pepita mu ligera
cascos...

AURELIO.—¡O te callas o...!

RAMONON.—A propózito: echa un ojo pa ayá... ¡Ec
un ojo! (Dice esto señalando a Pepita, que viene del jardín
se entra por la puerta del interior de la casa.) Ahí la tien
En busca zuya va.

AURELIO.—(Gritando, sin poder contenerse.) ¡Pepita!

RAMONON.—¡Hombre, no zeas bruto! ¡Ahora me toca
mí yamártelo!

PEPITA.—(Volviendo, sorprendida.) ¿Qué es eso? ¿T
davía por aquí? ¿Me llamabas, Aurelio?

AURELIO.—Sí... Te vi pasar... ¿A dónde ibas?

PEPITA.—A despedirme de don Miguel. Ha venido mi p
dre a recogerme.

RAMONON.—¡Pos de ti estábamos hablando!

PEPITA.—¿De mí?

RAMONON.—¿Tú crees que éste zabe hablá de otra coz

PEPITA.—Sabe hablar de muchas.

AURELIO.—No le hagas caso a este melón.

RAMONON.—¿Que no me haga cazo? ¿No hablábamos
eya, quizá? ¡Me carga a mí la hipocrezía!

PEPITA.—Y a mí también.

RAMONON.—¡Chúpate eza! Fíjate que te estoy ganan
er terreno. Vamos a vé, Pepita: un compromizo entre do
Zi nos estuviéramos ahogando Aurelio y yo, y tú nos vier
y ze te ocurriera tirarte al agua pa zarvarnos, ¿a cuá de l
dos te agarrabas primero?

PEPITA.—¡A ti!

RAMONON.—¿Eh? ¡Toma argarrobas! ¡Pa que te ent
res, prezumío!

PEPITA.—A ti; porque como yo no sé nadar, y el corch
siempre flota...

AURELIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Toma algarrobas tú! ¡Te ha ll
mado alcornoque!

RAMONON.—Zí; ya lo veo. ¡Pero a ti no te lo yama
y te deja ahogarte!

AURELIO.—Bueno, sí; basta ya de simplezas; vete aho

RAMONON.—¿Que me vaya? ¿Pos no noz íbamos l
dos?

AURELIO.—Pero yo decido quedarme. Quiero hablar c
Pepita sin tu mosconeo.

RAMONÓN.—Azí me gusta a mí: las cozas, claras. ¡Yo también estoy ya un poco harto de arropías y de ermelaitos! Buenas tardes, Pepita.

PEPITA.—Adiós, diplomático.

RAMONÓN.—¿Diplomático? Ten tú cuidado con éste, que ze va a í der zeguro. En la "Bodeguiya" te aguardo, Aurelio. ¡Ya me dirás zi te da calabazas! (Se marcha a la calle.)

AURELIO.—¡Qué bruto es el pobre!

PEPITA.—¡Y gana por horas! ¿Cómo lo aguantas tú?

AURELIO.—Porque no deja de divertirme. Y porque es un buenazo: muy leal, muy francote... Yo me he llevado ya muchos chascos con otros amigos. Con éste, no; éste está sin pulir, pero es oro de ley. Le tengo bien visto el contraste. ¿Tú tienes amigos, Pepita?

PEPITA.—Algunos tengo. Y amigas también.

AURELIO.—Ya me lo figuro.

PEPITA.—No; pues tengo más amigos que amigas.

AURELIO.—Eso sí que es notable.

PEPITA.—No lo creas. Las amigas son muy difíciles. Entre amigas hay siempre celillos, piques, desconfianzas: que si Fulano viene por mí, que si viene por ti, que si tú me lo quitas...

AURELIO.—Y tus amigos, ¿qué necesitan para serlo?

PEPITA.—Con que sean inteligentes, me basta. Y me entiendo con todos. Y les doy palique donde me los encuentro. Y si están fuera, les escribo.

AURELIO.—¿Ah, sí?

PEPITA.—Yo soy muy comunicativa, muy charlatana, y de palabra o por escrito tengo que darle salida al gas.

AURELIO.—¡Ya me gustaría a mí recibir una carta tuya!

PEPITA.—¡Pues no tienes más que irte fuera!

AURELIO.—¡A ese precio!... ¡Dejar de verte!...

PEPITA.—Si prefieres mi vista a mi carta...

AURELIO.—Prefiero las dos cosas, Pepita.

PEPITA.—Bueno, hombre; no te apures. Mañana te escribo una carta por el interior.

AURELIO.—¿De veras?

PEPITA.—Ya lo verás.

AURELIO.—¿Qué vas a decirme?

PEPITA.—¡Si te lo digo ahora, no te escribo! La pregunta parece de Ramonón. Ten paciencia.

AURELIO.—Me interesa conocer tu estilo...

PEPITA.—¿Mi estilo? ¡Te creerás que estoy junto a ti y

que me estás oyendo! Hablo con la mano, ¿tú te enteras? Y bastante aprisa. Zas, zas, zas: un pliego; zas, zas, zas: otr pliego. Luego los cruzo en todas direcciones... y ya tiene en tretenimiento el amigo.

AURELIO.—¡Ja, ja, ja! ¡No dejes de escribirme esa car ta, Pepita!

PEPITA.—Yo no pienso ni lo que escribo ni lo que hablo Me vuelco en la charla; me vuelco en el papel. El que escrib despacio o el que habla poco se ve que procede con cautela que no quiere entregarse. Yo, no: ¡allá va eso! ¡Dios mío, s me escuchara don Miguel de los Santos, que las trae con qu las mujeres hablamos mucho!

AURELIO.—¡Sí, es cierto! Tiene esa manía.

PEPITA.—Anteanoche me enseñó una caricatura ingles en que un señor le preguntaba a un amigo: "¿De manera qu a usted le gustan más las mujeres que hablan mucho que la otras?" Y el amigo le respondía: "¿Qué otras?" ¡Ja, ja, ja

AURELIO.—¡Ja, ja, ja! ¿Qué otras? ¡Tiene gracia! N concebía el hombre...

PEPITA.—Y voy a despedirme ya.

AURELIO.—Escucha...

PEPITA.—Que me estoy entreteniendo demasiado, Aurelio

AURELIO.—¿Te pesa?

PEPITA.—Ni me pesa, ni deja de pesarme; es que ib antes a eso, y me he detenido por ti.

AURELIO.—(Con dificultad, con esfuerzo.) ¿Don Migue te quiere a ti mucho?

PEPITA.—Mucho. Me conoció de niña... Fué muy bue amigo de mi madre... No me veía hacía un siglo. Y ahora qu he venido aquí casualmente, al encontrarme ya hecha un mujer..., los recuerdos..., las cosas...

AURELIO.—¿Le escribes también a don Miguel desde La Canteras?

PEPITA.—Hasta ahora, no.

AURELIO.—¿No? ¡Qué raro!

PEPITA.—Nada raro, Aurelio. Don Miguel, ¿cómo ha d contar entre los amigos de qué hablábamos? Un señor d cierta edad ya..., casado...

AURELIO.—¿Tus cartas son sólo a los solteros?

PEPITA.—En general... Ahora, cuando me marche a Se villa, te escribiré a ti.

AURELIO.—¿Vas a Sevilla ahora?

PEPITA.—A Sevilla, a Córdoba, a Granada...

AURELIO.—Pero has dicho primero a Sevilla.
PEPITA.—¡Es la capital!
AURELIO.—¿Tienes allí amigos también?
PEPITA.—En Sevilla, uno sólo.
AURELIO.—¿Uno sólo?
PEPITA.—Que vale por siete. Excelente muchacho.
AURELIO.—Y ¿te escribe?
PEPITA.—Bastante.
AURELIO.—Y ¿tú le contestas?
PEPITA.—¡Claro! Primero, por gusto..., y luego..., por educación.
AURELIO.—Detrás de cada amigo suele haber un enamorado, Pepita.
PEPITA.—Detrás y delante. No me descubres nada. Todos los amigos de una mujer están siempre un poquito picados de la tarántula.
AURELIO.—¿De la tarántula?
PEPITA.—¿No te gusta el bicho? Pues sustitúyelo a tu gusto. Picados, Aurelio. Enamoradillos, envenenados..., inquietos..., con un no sé qué..., que una sí sabe qué...
AURELIO.—Sí sabe qué...
PEPITA.—¡Todos todos! La prueba es que en cuanto se les pasa esa calenturilla..., enfrían la amistad. Tú estás ahora en lo más fuerte del ataque.
AURELIO.—¿Yo?
PEPITA.—Tú.
AURELIO.—Lo mío es otra cosa.
PEPITA.—Eso creen todos también.
AURELIO.—Lo mío, Pepita...
PEPITA.—Lo tuyo déjalo estar así, que está en su punto. No te lances, Aurelio; no te despeñes. Déjalo estar. No te comprometas, no avances; no ahondes. Amigos, amigos siempre. Mira que los novios son algo absurdo, aburridísimo, insoportable para ellos y para los demás. Así, así estamos muy bien. Tú me buscas, y a mí me agrada verte; tú me hablas, y yo te respondo; tú me dices flores, yo te las agradezco; tú te alegras al lado mío, yo me alegro al tuyo; tú te ríes, yo también... Pero nada de que todo eso sea una obligación; nada de: "¡Ayer no me miraste en misa!" "¡Sí te miré, pero tú no me viste porque estabas distraída mirando a otro!" ¡Nada de esto, Aurelio! ¡Novios, no! (*A don Miguel, que, sombrero en mano, sale a punto del interior de la casa.*) Don Miguel, me pilla usted charlando.

DON MIGUEL.—¡Como te dejé en el jardín! ¡Lo extra-
ño hubiera sido encontrarte callada!

PEPITA.—¿Qué otras, verdad?

DON MIGUEL.—¡Eso! ¿Qué otras? ¿Te ha hecho me-
lla la caricatura?

PEPITA.—¡Pues ha sido culpa de éste!

DON MIGUEL.—¡Lo creo!

AURELIO.—Sí; yo ya me iba; salió ella...

PEPITA.—¡Cabalito! Y como ya te ibas, vete ahora y
hazme un favor.

AURELIO.—¿Ahora, Pepita?

PEPITA.—Ahora, sí.

AURELIO.—(Disimulando su contrariedad). Tú dirás qué
quieres.

PEPITA.—Si te coge de camino, y si no te coge procura
que te coja, vas a llegarte a casa y a decirle a Natividad, que
me está esperando desde las tres, que iré a recogerla a las
seis. ¡Tres horas de retraso! ¡Más se retrasa un tren cuando
descarrila! Le voy a dar esquinazo a papá.

AURELIO.—¡Bueno!

PEPITA.—¿Lo harás, precioso?

AURELIO.—Ahora mismo, Pepita.

PEPITA.—Dios te lo pague. La propina será mi carta
de mañana.

AURELIO.—Gracias. Adiós, don Miguel.

DON MIGUEL.—Adiós, muchacho.

AURELIO.—Adiós, Pepita. (Vase preocupado a la calle).

PEPITA.—Adiós, mensajero. ¡Qué serio se ha puesto de
pronto!

DON MIGUEL.—Es que yo no sé si tú te has dado cuen-
ta, pero lo has echado a la calle.

PEPITA.—Sí me he dado cuenta; sí, señor.

DON MIGUEL.—Y ¿cómo le has hecho eso, chiquilla?

PEPITA.—¡Don Miguel, porque vino a verme a la hora
del café y ya va a llegar la hora del refresco!

DON MIGUEL.—Para refresco... el que le has dado tú.

PEPITA.—Como el que él le dió a Ramonón hace dos
minutos. El que a hierro mata...

DON MIGUEL.—¿No te agrada charlar con ese mucha-
cho?

PEPITA.—¿Con Aurelio? Sí, señor, que me agrada; pero
también me agrada el cambio de caras frente a mí. Así se
me ocurren más cosas.

DON MIGUEL.—Aurelio es de lo más formalito de Puebla. Trabajador, inteligente, rico, delicado...

PEPITA.—Si él sospechase que iba usted a recomendármelo de esta manera... quizá me perdonaría lo que he hecho.

DON MIGUEL.—Pues es verdad todo, Pepita.

PEPITA.—Pues ya lo sé: no hace falta insistir... Y siéntese usted aquí conmigo un ratito; no se vaya tan pronto a la calle, que con usted sí que me agrada hablar.

DON MIGUEL.—¡Chiquilla!... ¿Más que con...?

PEPITA.—¡Más que con nadie!

DON MIGUEL.—Habrá que creerte.

PEPITA.—Si no fuera así, yo no tenía por qué decírselo.

DON MIGUEL.—Esa es la verdad.

PEPITA.—Yo no sé qué clase de simpatía le encuentro a usted. De esas cosas que no se explican. ¿No?

DON MIGUEL.—Sí, que no se explican...

PEPITA.—Que tendrán su explicación, como todo en el mundo, pero que una no se las explica. ¡Porque es que estoy tan contenta a su lado!...

DON MIGUEL.—Suerte mía que una muchacha como tú, que me ha visto en la vida cinco o seis veces, esté tan contenta junto a un viejo.

PEPITA.—¿Y usted, cómo está junto a mí?

DON MIGUEL.—¡Pepita! Pregúntale a ese álamo viejo del jardín si le gusta que se le acerque al tronco un rosalillo.

PEPITA.—Y ¿me contestará que le gusta?

DON MIGUEL.—¡Pregúntaselo tú!

PEPITA.—¡Digo si le gusta!... ¡Se lo estoy leyendo a usted en la cara!

DON MIGUEL.—¡Yo no soy aquel álamo!

PEPITA.—Ni yo el rosalillo; pero usted ha buscado la comparación.

(Pausa. Se miran complacidos).

DON MIGUEL.—Vamos a ver, Pepita: a propósito de preguntas. Ayer, en un instante en que también estuvimos solos...

PEPITA.—Me iba usted a hacer a mí una, y llegó a impedirlo... mi padre. ¿A que sí?

DON MIGUEL.—Justamente.

PEPITA.—¿Ceía usted que a mí se me había escapado?

DON MIGUEL.—No; ya veo que a ti no se te escapa nada.

PEPITA.—¡Pues hágamela usted ahora, y prontito, por que puede llegar otra vez!

DON MIGUEL.—Prométeme decirme la verdad.

PEPITA.—La digo siempre.

DON MIGUEL.—Vamos a verlo. El accidente aquel qu dió ocasión a tu entrada en mi casa, ¿fué verdadero o fu fingido?

PEPITA.—¿Le hace a usted falta que yo se lo declare

DON MIUEL.—Sí.

PEPITA.—Me parece que no.

DON MIGUEL.—Pues no.

PEPITA.—¿Usted lo ve?

DON MIGUEL.—Pero, bien; ¿por qué lo fingiste?

PEPITA.—Porque yo tenía mucho empeño en entrar aquí.. y tenía también el presentimiento de que por las buenas n entraba.

DON MIGUEL.—¿Cómo por las buenas?

PEPITA.—Se me había metido en la cabeza—mire uste qué disparatón—que usted no quería verme a mí. Y meno en su casa.

DON MIGUEL.—¡Sí que es disparatón! ¿Por qué, chi quilla? ¿Qué razón ha podido llevarte...?

PEPITA.—Razón, ninguna. Pensando en razón habría ima ginado todo lo contrario. El caso es que di en esa idea. Y como soy muy voluntariosa y muy testaruda, y en ocho día no había logrado tropezarme en ningún sitio con usted, pen sé para mí: ¡pues lo que es metiéndome en su casa, sí me lo tropiezo! ¡Para algo han de servir los tobillos! Y se me torció uno en su misma puerta. ¿Se ríe usted?

DON MIGUEL.—De tu travesura... de tu gracia... Pero ¿por qué había yo de resistirme... por qué no había yo de querer...?

PEPITA.—Que estamos diciendo la verdad, don Migue de los Santos... Como usted apenas se acordaba de mí...

DON MIGUEL.—¿Que no?

PEPITA.—¡Y tan que no!

DON MIGUEL.—¿Tú de mí sí?

PEPITA.—¡Huy!

DON MIGUEL.—¿Sí?

PEPITA.—¡Huy! De tres años; de dos años y medio tengo yo recuerdos de usted. El día que usted aparecía de pronto en mi casa, yo lo veía entrar como a un rey mago Siempre me llevaba usted alguna cosa. Caramelos bonitos

chocolatinas, un juguete que ninguna niña tenía en Las Canteras, estampitas de santos... ¡Siempre algo que a mí me ilusionaba!... "El caballero bueno" le llamaba yo a usted. Y a mamá le gustaba oírmelo.

DON MIGUEL.—Pero ¿cómo es posible...? ¡Qué memoria!

PEPITA.—Una memoria que no es sólo de la cabeza. Y oiga usted un paso. Como cuando yo nací papá estaba fuera, yo no lo conocía...

DON MIGUEL.—¡Claro!

PEPITA.—Y el día que llegó de Buenos Aires, donde andaba por sus negocios, y mamá muy alegre fué a decirme: "Pepita, ya está aquí papá; ¿no querías tú verlo? ¡Este es papá!", me entró a mí una llantina que no me consolaba nadie. ¿Verdad que es un paso?

DON MIGUEL.—Un paso... de comedia, sí.

PEPITA.—¿Ha visto usted? ¡Y todo era acordarme del "caballero bueno", del caballero de los juguetes!

DON MIGUEL.—Era natural, después de todo... La imaginación infantil... los primeros halagos... el despertar de la conciencia... Era natural, era natural... Llegaba un extraño para ti... mientras que el "caballero bueno" te había mimado, te había hecho regalitos... Era natural tu llantina.

PEPITA.—¡Eso, eso era! Luego dejó usted de ir mucho tiempo por casa.

DON MIGUEL.—No sé... no recuerdo.

PEPITA.—Y volvió usted una vez que estuve yo muy mala: por poquillo las lío.

DON MIGUEL.—Eso sí lo recuerdo.

PEPITA.—Mamá se creyó que me moría. Tenía yo diez años entonces.

DON MIGUEL.—Sí; una cosa así...

PEPITA.—Y una noche—estaba yo más en el otro mundo que en este—lo vi a usted a los pies de mi cama. ¡Y me alegré más!... Yo creo que desde aquella noche empecé a mejorarme.

DON MIGUEL.—¡Je!... ¿Acaso la ilusión de algún juguetillo?...

PEPITA.—¡Acaso! ¡Vaya usted a saber!

DON MIGUEL.—¿Y ya no has vuelto a verme hasta ahora?

PEPITA.—Una vez más lo vi en Las Canteras.

DON MIGUEL.—¿Cuándo?

PEPITA.—Cuando fué usted a venderle a papá la casa en que vivimos.

DON MIGUEL.—¡Ah, sí! Sí estuve. Al año siguiente de tu enfermedad, poco más o menos. Pero no creía yo haber estado en tu casa.

PEPITA.—Y no estuvo usted. Pero yo sí le vi. En la Plaza.

DON MIGUEL.—¡Ah!

PEPITA.—Paseaba usted con dos caballeros. Y...

DON MIGUEL.—¿Y qué?

PEPITA.—No, no; esto no se lo digo a usted.

DON MIGUEL.—¿Por qué no?

PEPITA.—Porque no; porque debo callármelo. Es una chiquillada.

DON MIGUEL.—Pues yo quiero saberla.

PEPITA.—No, no. No se lo he dicho nunca ni a mi madre; ni al cura en confesión. A nadie, a nadie. Es una chiquillada.

DON MIGUEL.—Pues me la vas a decir a mí.

PEPITA.—No, no, no.

DON MIGUEL.—Sí: al "caballero bueno".

PEPITA.—¡Al "caballero bueno!" ¡Qué tonta he sido! Por hablar, por hablar. Usted tiene razón: la sin hueso nos pierde a las mujeres. Pero, vaya, después de todo, se lo voy a decir a usted, no se piense que es algo más que una tontería. Es un cuento de vieja.

DON MIGUEL.—A ver.

PEPITA.—Va usted a reírse.

DON MIGUEL.—Mejor que mejor.

PEPITA.—Salía yo solita de la iglesia aquella tarde en que usted se paseaba por la Plaza, y una mendiga que me vió embobada mirándolo a usted, se me acerca y va y me pregunta: "Te gusta a ti ese caballero, niña? "Sí que me gusta, sí"—le contesté—. "Pues es tu padre", fué y me dijo.

DON MIGUEL.—¿Cómo?

PEPITA.—"Es tu padre", me dijo.

DON MIGUEL.—¡Jesús!

PEPITA.—¡Qué paparrucha! ¿No?

DON MIGUEL.—¡Justo! ¡Qué paparucha! ¡No tiene otro nombre! ¡Un cuento de vieja! Decías bien. Aquella mendiga por hablar... por hablar... ¡Lo mismo que eso pudo decirte que yo era un cura protestante!...

PEPITA.—¡Lo mismo! Pero a mí me dejó de piedra. ¡Ima

gine usted! Y no pude pegar un ojo en toda la noche. ¡Con lo que a los chiquillos les impresiona todo! Busqué al día siguiente a la mendiga, y se la había tragado la tierra. Me dijeron que era una pobre ambulante... y eché al saco de los cuentos lo que ella me dijo.

DON MIGUEL.—¡No cabía otra cosa!

PEPITA.—¡Claro que no!

DON MIGUEL. — (Viendo, por el ventanal, acercarse a Curro.) Tu padre viene, niña.

PEPITA.—¡Es verdad, que está ahí! ¡Se me había olvidado! No, pues ahora no quiero verlo.

DON MIGUEL.—¿Eh?

PEPITA.—¡Que ahora no quiero verlo! ¡Como si llegara de Buenos Aires! Es otra persona desde que mamá se murió. ¡Mamá lo tenía en un zapato!

DON MIGUEL.—¿Sí?

PEPITA.—Hemos de hablar de él. Ya le he dicho antes a usted que con usted hablo más a gusto que con nadie.

DON MIGUEL.—Y yo contigo. Hasta mañana.

PEPITA.—Hasta luego, mejor. Y escapo a correr, no me coja.

DON MIGUEL.—¿Quién?

PEPITA.—Mi... mi padre. (Lo mira con ternura diabólica y se va a la calle coriendo).

DON MIGUEL.—¿Lo sabe?... ¡Lo sabe, lo sabe! ¡Toda su conducta me lo confirma! ¡Lo sabe! ¡Es un peligro que siga aquí! (Queda pensativo).

(Y sale en esto Curro Cortina, que vuelve del jardín diciendo a su vez para su capote):

CURRO.—¡Lo sabe! ¡Esa mujer lo sabe!

DON MIGUEL.—¡Lo sabe!

CURRO.—¡Lo sabe!

DON MIGUEL.—¿Eh?

CURRO.—¿Eh?

DON MIGUEL.—¿Soy yo tu eco?

CURRO.—¿Y yo, soy el tuyo? Agustina lo sabe.

DON MIGUEL.—¿El qué?

CURRO.—Nuestro secreto.

DON MIGUEL.—¡No! Quien lo sabe es la niña.

CURRO.—¿La niña? ¡La niña no sabe una palabra!

DON MIGUEL.—Te equivocas, Curro.

CURRO.—Te equivocas tú. Agustina me está asando a pullas.

DON MIGUEL.—¿Sí?
CURRO.—¡Sí!
DON MIGUEL.—Pues la niña me habla a mí de un modo... me evoca unos recuerdos...
CURRO.—¿Sí?
DON MIGUEL.—¡Sí! Y aunque no me dijese nada, Curro, me mira con una ternura, con un cariño que se esfuerz en disimular...
CURRO.—¡Pero si no te ve hace mil años! ¡No te haga tú iluciones tampoco!
DON MIGUEL.—¿Ilusiones? Sea de ello lo que quier es indispensable que la quites de aquí en seguida.
CURRO.—¡Mañana mismo!
DON MIGUEL.—(Con sentimiento súbito). ¿Mañana?
CURRO.—¡Mañana! Cuanto antes, mejor.
(Llega de la calle, a cortarles la conversación, Felip Luengo).
FELIPA.—(Todavía en el zaguán). Santas y buenas tades.
DON MIGUEL. — (¡Esta chismosa ahora!...) Vámono Curro.
CURRO.—Vámonos.
DON MIGUEL.—Buenas tarde, Felipa.
CURRO.—Venga usted con Dios.
FELIPA.—¿A paseo, eh?
CURRO.—Sí; antes de que nos manden...
DON MIGUEL.—En el jardín estará Agustina.
FELIPA.—A verla vengo.
DON MIGUEL.—Pues nosotros, a nuestro tresillo.
FELIPA.—¿A la botica?
DON MIGUEL.—Sí.
FELIPA.—Díganle ustedes a Magdalena que su marid perdió anoche en el Casino cincuenta duros; y que a es paso no hay drogas que basten.
CURRO.—Ya lo sabrá ella.
DON MIGUEL.—Y si no lo sabe, yo no se lo digo.
FELIPA.—Bueno, bueno, se lo diré yo. No tengo otra csa que hacer...
DON MIGUEL.—Pues esa costumbre de dar malas notcias le va costar a usted muchos disgutos.
FELIPA.—¿Y los que yo doy, dónde los deja usted? ¡Sago ganando siempre!
DON MIGUEL.—Usted allá, Felipa.

FELIPA.—(A Curro, con mala intención). Acabo de encontrármela.
CURRO.—¿Cómo?
FELIPA.—Cada día se parece a usted más.
CURRO.—¿Quién?
FELIPA.—¡Su abuela! ¡Pepita, hombre! La he visto ahora mismo. ¡Qué monada! Pero ¡cómo se parece a usted! Son ustedes dos gotas.
CURRO.—No tanto...
FELIPA.—¿No es verdad, Miguel? Digo lo que se paresen Curro y su hija.
DON MIGUEL.—¡Ah, sí! ¡Mucho! Hasta luego.
FELIPA.—Adiós; muy buenas.
CURRO.—Que lo pase usted bien, Felipita.
FELIPA.—Gracias, Currito; adiós. ¡Que gane en el juego.
CURRO.—Dios dirá. (Se va escapado con don Miguel, huyendo de la quema).
FELIPA.—Huyen... ¡No dan la cara!... Me parece que me encuentro el terreno abonado. ¡Esta vez no te vale ni la bula de Meco, hipocritón! ¡Le abriré los ojos a esta santa! ¡Menudo tole-tole hay en Puebla! ¡Hoy estalla la bomba!
(Sale oportunamente Agustina, que viene del jardín y que exclama al ver a su amiga):
AGUSTINA.—¡Felipa! Pero ¿estabas aquí?
FELIPA.—Ahora mismo he llegado. Acabo de ver a tu marido y al sinvergonzón del pariente. Juntos se van a la botica.
AGUSTINA.—¿Al sinvergonzón?
FELIPA.—Sí; a Curro.
AGUSTINA.—¡Felipa! ¿Curro Cortina es un sinvergonzón?
FELIPA.—Mira, Agustina; se podrá discutir que Dios haya hecho el mundo, porque hay mucho laico; pero ¡que Curro Cortina sea un sinvergonzón!...
AGUSTINA.—Pues ya ves tú lo que son las cosas, Felipa: yo lo tengo por un buen hombre. ¿No te sientas?
FELIPA.—Sí. Tú, porque juzgas por tu corazón el ajeno y no vives en este mundo; pero Curro Cortina tiene fama de eso desde antes de nacer. En Las Canteras le llamaban el "Dos de copas".
AGUSTINA.—¿Por qué?
FELIPA.—Porque siempre tenía que llevarlo otro curda desde la bodega a su casa.

AGUSTINA.—¡Ah! ¡El "Dos de copas"! ¡Ja, ja, ja! T
ne gracia. ¡Qué cuentos traes siempre, Felipa! ¡Qué histori
qué chismes, qué motes!...

FELIPA.—Soy la voz de todos. ¡Y lo que es con tu ma
do las ha corrido buenas!... ¡Buenas!... ¡Eso lo sabes tú!

AGUSTINA.—Y tú sabes también, porque te lo he rep
petido mil veces, que soy tan feliz en mi matrimonio porq
precisamente de mi marido no he sabido nunca más que
que él ha querido contarme.

FELIPA.—Mal sistema.

AGUSTINA.—Malo o bueno, es el mío. Lo aprendí de
madre. El mismo me ha dicho—no te lo oculto—lo que
gustó en su juventud el cante flamenco, el baile, la guitar
el vino...

FELIPA.—¡Pues ése es un terrenito muy peligroso!

AGUSTINA.—Pues nunca creí que pasara Miguel ning
peligro; y si lo pasó, como él no me lo ha dicho, no me i
porta saberlo.

FELIPA.—¿Ni siquiera por curiosidad femenina?

AGUSTINA.—Carezco de ella; bien me conoces.

FELIPA.—Si yo te contara...

AGUSTINA.—No me lo cuentes, porque no me importa.

FEsIPA.—Si yo te contara...

AGUSTINA.—¡Te repito que no! Y si te empeñas, no
oigo. Me va muy bien así.

FELIPA.—De todas maneras, Agustina, las amigas hem
de servir para algo. Yo, por lo menos, no sé estarme qui
cuando alguna amiga mía anda en lenguas y yo puedo a
vertirla. Aquello de "todo Madrid lo sabía, todo Madrid n
nos él", no será en mis tiempos ni en mi círculo. Cosa q
sé, cosa que se me sale. No es de hoy ni de ayer: es de sie
pre: Por insignificante que parezca. Ahora mismo acabo
descararme con Teresa Galván, empeñada en sostenerme
mí que no tiene más que treinta y cinco años. ¡Treinta
cinco años! ¡Y su madre tiene ya noventa y la echó al mun
de dieciocho! ¡Saca la cuenta tú! ¿Puede una callarse?

AGUSTINA.—¡Imposible!

FELIPA.—Teresa Galván nació el día que se cayó el ga
de la veleta de la Parroquia; que le dió en la cabeza al te
que cantó el Miserere, y se hicieron la mar de chistes a cu
ta del gallo y del tenor. ¿Lo estás viendo? Soy la voz
todos. Y hay que oírme.

AGUSTINA.—Y yo siempre te oigo con mucho gusto. iempre que no quieras entrar en terreno vedado.

FELIPA.—Pues, hija de mi alma, lo que es hoy, en ese edado vengo a entrar.

AGUSTINA.—¡No, Felipa!

FELIPA.—Sí, Agustina, sí; soy tu amiga y entro.

AGUSTINA.—Yo soy también tu amiga y no te dejo enar.

FELIPA.—Es que cuando una esposa honrada está en ríículo...

AGUSTINA.—Calla. Recuerda—tú que tienes tan buena emoria—lo que le contestó mi madre a aquella señora que é un día a descubrirle con mucho misterio que mi padre, la chita callando, tenía un par... un par de distracciones. ¿Nada más?"—le preguntó mi madre ingenuamente. Y lue- le dijo: —"Hija mía, por Dios; pero ¿usted cree que para guantar a un hombre basta una mujer sola? ¡Hacen falta lo enos tres o cuatro!" Se fué corridísima la chismosa.

FELIPA.—Me has llamado chismosa ya, de bola a bola por tabla, yo no sé las veces.

AGUSTINA.—No ha sido esa mi intención.

FELIPA.—¡Qué teorías, hija, las de tu madre! ¡Se podría scribir con ellas el libro de las casadas tontas!

AGUSTINA.—Tonta o no, ella supo ignorar muchas ve- s, y fué muy feliz. Yo también ignoro todo lo que él me lla y también lo soy. Me consta que en el altar mayor de corazón no hay más que mi imagen. ¿Para qué me voy meter en las capillitas por lo que me traigan o me lleven s beatas y los sacristanes? Más te digo: si algún día me orprendiera yo en la debilidad de registrarle los bolsillos a i marido, de olfatear su ropa, creo que me moriría de ver- üenza.

FELIPA.—¡Oh! De todo ha de haber. Yo al mío le regis- o hasta las plantillas de las botas. En un zapato de charol encontré un billete de cinco duros. ¡No, que se juega! Des- aquello de la cocinera comunista, duermo con un ojo nada ás. Cuando se cansa uno de estar alerta, lo cierro y abro otro.

AGUSTINA.—¡Ja, ja, ja!

FELIPA.—¡A mí! Y lo que no concibo es tu santa pa- orra; tu calma, tu frialdad, tu falta de dignidad de esposa: te lo dije.

AUGSTINA.—Por Dios, Felipa, no lo tomes en trágico.

No vale la pena. Porque, después de todo, ¿qué viene contarme hoy? ¿Esa ridícula invención, ese chisme que c ya de boca en boca referente a Pepita y a Miguel de Santos?

FELIPA.—¡Ése! ¡Ése!

AGUSTINA.—¡Alabado sea Dios! ¿Que Pepita, que una muchacha tan linda, le gusta a mi marido?

FELIPA.—¡No!

AGUSTINA.—¡Sí; si lo sé; si lo he oído sin que me digan! ¡Bueno! ¿Y qué? ¿Le gusta? ¡Pues me parece muy tural! ¡Sí, Felipa, sí; a mí me parece muy natural, y hasta agrada, que a mi marido le gusten las mujeres bonitas! que no me agradaría sería que le gustasen las feas!

FELIPA.—¡Vamos, que le gustase yo!

AGUSTINA.—En ti se me figura que no ha pensado nu

FELIPA.—¿No soy su tipo?

AGUSTINA.—No.

FELIPA.—¡Pues no creas tú que dejo de darle que pen

AGUSTINA.—No sé una palabra. El buen gusto se lo perdonado siempre a Miguel. Mientras se fije en las bon y yo siga siendo para él lo que soy, allá cuidados. (Desp de un instante de reflexión.) ¿Sabes tú lo único que yo n perdonaría a mi marido nunca?

FELIPA.—¿Qué?

AGUSTINA.—¡Que porque yo no haya tenido la su de darle un hijo, él los hubiese buscado con otra mujer!

FELIPA.—¡Ay!

AGUSTINA.—¡Eso sí que nunca se lo perdonaría!

FELIPA.—¡Ay!

AGUSTINA.—¡Nunca!

FELIPA.—¿No, verdad? ¡Pues prepárate a perdonárs

AGUSTINA.—¿Qué dices?

FELIPA.—¡Que te prepares a perdonárselo!

AGUSTINA.—¿Por qué?

FELIPA.—¿La suelto? ¿La suelto? ¿La suelto ya? ¡Sí, ahora o nunca: la suelto!

AGUSTINA.—¡Suéltala ya, mujer!

FELIPA.—Pues óyelo; la suelto: ¡Pepita..., Pepita es de tu marido!

AGUSTINA.—¡Felipa! ¿Qué hablas?

FELIPA.—¡Hija de tu marido! ¡Lo que oyes!

AGUSTINA.—(Rompiendo a reír, con nervosidad irre mible, engendrada por sentimientos diversos, encontra

contradictorios, pero todos gratos a ella.) ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora sí que si no lo hubiera oído no lo creería! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gentes! ¡Qué lenguas! ¡Pobre Curro! ¡Ya me explico que le llamaras sinvergonzón! ¡Ja, ja, ja! ¿A cuántos alcanza la especiota? ¡A él, a Pepita, a su pobre madre, a Miguel, a mí!... ¡Buena redada! ¡Ja, ja, ja!

FELIPA.—¡Pero, Agustina; me indigno de oírte!

AGUSTINA.—¿Te indignas... tú?

FELIPA.—¡Yo, sí! ¿Nada más que risa te da lo que te he dicho?

AGUSTINA.—¡Nada más! ¡Ya lo ves! ¡Ja, ja, ja! Pues, ¿qué otra cosa podría darme?

FELIPA.—Lo que le daría a cualquier mujer con sangre en las venas. ¡Lo que me daría a mí! ¡Celos, rabia, ira, ganas de coger un martillo y machacarle los sesos a Cayetano!...

AGUSTINA.—Pues a mí no me da nada de eso. ¡Líbreme el Señor! Somos muy distintas, Felipa. Pero si quieres que te oiga de otro modo, que te hable de otro modo, voy a complacerte.

FELIPA.—¡Ya era hora!

AGUSTINA.—En tu casa estás; tu casa es ésta. Vuelve a ella cuantas veces quieras; pero vuelve a todo menos a lo de hoy, ni a nada parecido. Si has de venir a pretender envenenar una dicha segura, constante, labrada por Miguel y por mí a costa de mutuos sacrificios, no vuelvas más; no vuelvas.

FELIPA.—¿Eh?

AGUSTINA.—¡No vuelvas más! ¡No vuelvas a mi casa!

FELIPA.—¡Eso quisieras tú! ¡He de volver hasta hacerte ver claro!

AGUSTINA.—¡No!

FELIPA.—¡Sí!

AGUSTINA.—Pero, ¿es que va nadie a ser más celoso de mi dignidad y de mi ventura que yo misma? ¿Quién eres tú para infernarme? ¿Quién es el pueblo todo? (Conmoviéndose, a su pesar.) Miguel y yo..., mi marido y yo..., siempre, siempre..., ¿lo oyes?...; desde el primer día... Este cariño nuestro..., este cariño mío... (La vence el sentimiento y dice, entre lágrimas y sollozos.) ¡Ay, Virgen Santa! ¡No puedo más! ¡Vete, Felipa, vete! (Va a marcharse ella al interior.)

FELIPA.—¡Agustina!

AGUSTINA.—¡Déjame en paz!

FELIPA.—¡Pero, oye!

AGUSTINA.—¡Que te oiga el diablo!

FELIPA.—¡Pero si es el diablo el que me ha contado to esto!

AGUSTINA.—¡Pues ni tú ni el diablo tenéis nada que h cer en esta casa!

(Entrase, conteniendo a duras penas el llanto.)

FELIPA.—¡Estalló la bomba! (Y se va a contarlo a botica.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Cuatro días después del segundo y en el mismo lugar. Es por la tarde.

(Pepita y Curro se van a marchar de Puebla de las Mujeres, para que las imaginaciones y las lenguas descansen, y han venido a despedirse de Agustina y de don Miguel de los Santos. A sabiendas de ello, las aguardan allí, para conspirar contra su propósito, Felipa, María Reyes y Natividad, que con Agustina, tratan de impedirlo. Ni Pepita ni Curro desean, por su parte, marcharse tampoco; pero las circunstancias los ponen en el ineludible deber de fingir. Todas las mujeres le hablan a Curro a un mismo tiempo, aturdiéndolo. Antes de levantarse el telón se oye el rumor de las voces, que continúa luego hasta que Curro, gritando, logra hacerse oír. Unas y otras, en esa intervención simultánea, se expresan con palabras y frases por este orden:)

"Nada, nada; no hay pretextos que valgan; no se van ustedes tan pronto". "¿Es que aquí se les trata mal?" "Ni viajes, ni pamemas". "En último caso, váyase usted solo y venga luego a recoger a la niña".—"¡Eso, eso! Nos la deja aquí y viene dentro de unos días por ella". "No se haga usted ilusiones, que no se va". "¡La secuestramos!" "¡La secuestramos!"

CURRO.—(Imponiéndose.) Pero, amigas mías, ¿me dejan ustedes hablar?

FELIPA.—¡No!

AGUSTINA.—¡No!

MARIA REYES.—¡No!

PEPITA.—¡Como lo dejen ustedes hablar, los convence a todos!

FELIPA.—¡Pues no lo dejamos!

AGUSTINA.—¡No lo dejamos!j

MARIA REYES.—¡Que se calle!
NATIVIDAD.—¡Que se vaya si quiere él!
MARIA REYES.—¡Tampoco es necesario eso!
CURRO.—¿Me van ustedes a volver loco? ¿Tendré yo ganas de marcharme de aquí, y menos después de esta manifestación de simpatía? ¡Pero es que necesito estar mañana mismo en Granada!
AGUSTINA.—¡Nadie se lo impide: ya le decimos que se vaya usted solo!
NATIVIDAD.—¡Claro!
FELIPA.—¡Y que vuelva luego por Pepita!
AGUSTINA.—Aquí está segura; puede usted ir tranquilo
NATIVIDAD.—¡Y no hay ya más que discutir!
AGUSTINA.—¡Pepita se queda!
FELIPA.—¡Pepita se queda!
NATIVIDAD.—¡Vaya si se queda!
CURRO.—(A don Miguel, que sale del interior de la casa y se va a la calle para escurrir el bulto.) ¡Miguel, por Dios no te marches ahora; ayúdame tú a convencerlas!
DON MIGUEL.—¡Ese es un empeño imposible, Curro ¡Yo me quito de en medio!
CURRO.—¡Pero si no tienen razón ninguna!
DON MIGUEL.—¡Pues hay que dársela! (Y se va, sonriéndoles.)
FELIPA.—¿Lo oye usted? ¡Tengamos razón o no, hay que dárnosla!
CURRO.—Se acabó: me rindo. Hagan ustedes de mi hija y de mí lo que quieran.
MARIA REYES.—¡Viva! ¡Viva!
NATIVIDAD.—¡Ole, don Curro!
AGUSTINA.—Tú, Pepita, esto ya está resuelto. Vente al jardín conmigo. Y tú, María Reyes. Venid, venid todas.
PEPITA.—Vamos vamos, sí. ¡Qué alegría! ¡Dios se lo pague a usted! (Se va hacia el jardín con Agustina.)
MARIA REYES.—¡Era una tontería marchares tan pronto
CURRO.—María Reyes, si es que se trata de un negocio importante...
MARIA REYES.—Y ¿aquí no tiene usted ninguno? (Sigue a las otras al jardín.)
FELIPA.—¡Ande usted con ésa!
(Matea sale del interior en este momento y le pregunta a Natividad, cuando va a marcharse tras de María Reyes:)
MATEA.—¿Qué? ¿Ze quea por fin la zeñorita?

NATIVIDAD.—Por ahora, sí.

MATEA.—¡Ole! ¡Me alegro más!... Es más zalá que las pezetas. (A Curro, al paso.) ¡Que me alegro muncho de que no ze vayan ustedes! (Y se va ella a la calle.)

CURRO.—¿También ésta?

NATIVIDAD.—Don Curro, a "Los Leones" a deshacer el equipaje. (Márchase al jardín.)

CURRO.—Sí, hija, sí; lo que quieran ustedes. (A Felipa, que lo está contemplando con sorna.) ¿Pues no se me han saltado las lágrimas, Felipa? Soy un sentimental; está visto.

FELIPA.—No hay más que hablar con usted dos veces para comprenderlo.

CURRO.—Detrás de los ojos tengo dos fuentes: nunca me falta agua.

FELIPA.—¿Fresca?

CURRO.—Tibia. ¡Y si viera usted qué trastorno me pro-produce aplazar el viaje a Granada!

FELIPA.—Pero no le faltará a usted aquí algún consuelillo. Ya ha oído usted a María Reyes.

CURRO.—Sí; se dejó caer...

FELIPA.—Eso va en buen camino, ¿verdad?

CURRO.—Con usted, Felipa, no valen disimulos. ¡Lo que yo no le diga a usted, usted va a inventarlo!... Me gusta, me gusta la viuda. Y a ella le caen en gracia mis cosas. Esto ya es un principio.

FELIPA.—Casi es un postre, Curro. Se conoce que la viudez tiene imán para la viudez.

CURRO.—Sí; hay una coincidencia de pena y de alivio... Y que esa mujer avasalla!... Tan guapa, tan joven todavía...

FELIPA.—¿Usted sabe la edad que tiene María Reyes?

CURRO.—La que tenga; me da lo mismo.

FELIPA.—Se quita cuatro años.

CURRO.—¡Mejor para mí!

FELIPA.—Nació el año del terremoto.

CURRO.—¡Era de esperar!

FELIPA.—¡Para usted aquí todas son ventajas!

CURRO.—¡Todas! ¡Mi suerte!

FELIPA.—Ella tampoco irá desnuda a la boda.

CURRO.—No la dejaría yo. ¡Ni el alcalde!

FELIPA.—Ya usted me entiende, Curro.

CURRO.—He querido desviarme de eso con una broma. De intereses no me hable usted a mí en este caso. Soy todo corazón.

FELIPA.—¿Todo?

CURRO.—Todo: de arriba abajo. No lo tome usted a chu-fla, Felipa. En mis carnes no hay más que corazón. Ni bazo ni hígado, ni riñones, ni estómago; corazón. A mí me pincha usted en una pantorrilla y me pincha en el corazón.

FELIPA.—¡Qué fenómeno!

CURRO.—¿Quién piensa en los cochinos cuartos con est complexión tan sentimental?

FELIPA.—Sobre todo a la hora de casarse. Porque co la madre de Pepita se casó usted también por el corazón.

CURRO.—Ahí pronúncielo usted con letra mayúscula. ¡U corazón así! (Conmoviéndose.) ¡Pobrecita mía!

FELIPA.—A rey muerto, rey puesto. La vida manda, ¿no

CURRO.—Calle usted; no quiero acordarme... Calle uste

FELIPA.—Ni yo quiero tampoco mortificarlo, Curro. Ha blemos de otra cosa. ¿Qué fué aquello que ayer tarde le c yo a Miguel de los Santos, cuando pasé junto a ustedes, qu charlaban con mucho calor?

CURRO.—¿Cuándo dice usted? No recuerdo.

FELIPA.—Sí, hombre; en la calle de Salsipuedes.

CURRO.—¡Ah, sí! Ibamos a casa de las Carbonillas.

FELIPA.—Me lo imaginé.

CURRO.—Pero no recuerdo la conversación.

FELIPA.—Pues Miguel le decía a usted—lo oí muy cla-ramente—: "No, no; es regla de los montepíos. Si te casa con la viuda, pierdes la pensión".

CURRO.—¡Ejem! ¡Ejem! Usted lo ha soñado, Felipa. N tengo ni la menor idea de esa frase.

FELIPA.—¿Ah, no? Será eso; lo habré yo soñado. ¡Qu cara más dura tiene usted, amigo!

CURRO.—¡No, que la de usted es de manteca!

FELIPA.—(Viendo reaparecer a Matea, que vuelve de calle y se va al interior de la casa. Curro la oye perplejo Matea con cada ojo como un duro.) Y entonces fué—¿com prende usted, Curro?—cuando mi marido cogió la pistola qu tiene en la mesilla de noche, y, enloquecido, me apuntó a cabeza. Gracias a que el perro, el animalito, saltó sobre él le desvió el brazo. Si no me asesina. La bala dió en un Sa Antonio que tengo en mi alcoba.

CURRO.—(Cuando ha desaparecido Matea.) Pero ¿se l vuelto usted loca, Felipa? ¿Qué me está usted diciendo?

FELIPA.—Es que esa tonta de Matea no para de pas por aquí para enterarse de lo que hablamos. Y a mí no m

da la gana de que se entere. Al que quiera saber, mentiras en él.

CURRO.—¿Usted, por lo visto, quiere ser sola en eso de enterarse de lo que no le importa?

FELIPA.—¡Ajajá! ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Ahí tiene usted ya a su viuda.

CURRO.—(Asustado.) ¿A mi viuda?

FELIPA.—A la viudita que se quiere casar...

CURRO.—¡Ah, vamos!

Con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará.

FELIPA.—¿Le gusta a usted el título de conde de Cabra?

CURRO.—¡Ni pizca!

FELIPA.—Ni a mí tampoco. (Se va para el jardín.)

CURRO.—En efecto; ahí viene María Reyes. ¡Como que me iba a coger a mí en alta mar y desarbolado el retiro de la pensión! ¡A buena tabla te agarras, náufrago!

(Sale, radiante, la viudita.)

MARIA REYES.—¡Pero qué mala es esa Felipa del demonio!

CURRO.—¿Te ha dicho algo?

MARIA REYES.—¡Me ha dicho una cosa muy fuerte! ¡Muy fuerte! ¡Me ha puesto colorada! ¡Le llaman Siete Lenguas aquí!...

CURRO.—¡Pues le debían llamar también Catorce Orejas! ¡Oye hasta lo que piensa uno!

MARIA REYES.—Dios nos libre. Escúchame, chiquillo.

CURRO. ¡Ay ¡Chiquillo!

MARIA REYES.—¿Qué te pasa?

CURRO.—¡Que cuando me llamas chiquillo me parece como si me dijeran que hay natillas de postre!

MARIA REYES.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! Escúchame.

CURRO.—¿Qué quieres, monumento?

MARIA REYES.—¿No te vas de Puebla todavía?

CURRO.—¡No me voy hasta que te lleve conmigo! ¡Pero tenía que hacer la comedia! ¡Miguel de los Santos no ve el día!

MARIA REYES.—(Maliciosamente.) Y eso, ¿por qué, Curro?

CURRO.—Un negocio de habas.

MARIA REYES.—¿De habas?

CURRO.—¡De aves! ¡De uvas, mujer! ¡Se me trabucan las palabras en cuanto te miro!

MARIA REYES.—No, Currito, no; a mí no me engañas.
CURRO.—¿Engañarte yo a ti, catedral?
MARIA REYES.—Por lo menos, no eres franco conmigo. Tú me callas a mí una cosa..., que ya debías decirme.
CURRO.—Yo no te callo más que lo que debo. Y lo que debo te lo callo, porque debo mucho. ¡Y como tú eres rica!...
MARIA REYES.—¡Ja, ja, ja! ¡Tienes gracia, Curro; tienes gracia!
CURRO.—¡Si te la hago a ti, tengo gracia! Y si no fuera para hacértela a ti, ¿para qué la querría?
MARIA REYES.—¿Me vas a querer mucho, chiquillo?
CURRO.—¡Ay! ¡Chiquillo otra vez! ¡Natillas con bizcocho!
MARIA REYES.—¿Me vas a querer mucho, Curro?
CURRO.—¡Hasta que tú me digas: "basta"! Yo no tengo en el mundo, para darle mi corazón, más que a una persona: mi nena, Pepita. ¡Y a mi Pepita me la van a robar muy pronto! ¡Porque va a ser un robo, María Reyes! Pero yo no puedo gritar: "¡Ladrones! ¡A ése! ¡A ése!" ¡No puedo gritarlo! De manera que, lejos de mi nena, mi cariño completo será para ti.
MARIA REYES.—¡Mira que yo necesito mucho!
CURRO.—¡Pues conmigo te llevas un manantial que no se agota! ¡Un corazón de cuerpo entero!
MARIA REYES.—¿Vas a hacer siempre lo que yo quiera, Curro?
CURRO.—¡Por las mañanas me darás en un papelito el programa de cada día, como si fuera la lista de un comedor, y no te faltará ningún plato!
MARIA REYES.—¡Ole mi chiquillo!
CURRO.—¡Morena!
MARIA REYES.—¡Curro!
CURRO.—¿Qué pasa en Cádiz?
(Se cogen las manos entusiasmados, y se las sueltan en seguida al ver a Pepita, que llega, y que parece haber estado esperando el momento.)
PEPITA.—¿Estorbo?
CURRO.—¿Eh?
MARIA REYES.—¿Qué?
PEPITA.—¿No estorbo?
MARIA REYES.—¡Por Dios, Pepita! Tú no estorbas nunca donde yo esté. No sé si yo estorbaré donde estés tú.
PEPITA.—¡Ni muchísimo menos!

CURRO.—¡Aquí no estorba nadie, esté quien esté, más que Felipa!

MARIA REYES.—Me despedía de tu papá.

PEPITA.—Sí; ya he visto que se despedía.

MARIA REYES.—Voy a casa a decir que no saquen el coche... Como ya no vamos a la estación... ¡Que me alegro de que se queden ustedes entre nosotros unos diítas más! Haremos todos porque no se aburran. Una tarde la pasaremos en una huerta que tengo yo cerca de aquí. ¡Un paraíso! En fin, me voy ya. Adiós, preciosa. Que te quiero mucho, Pepita; que te quiero mucho. Es una amistad de pocos días, pero te quiero mucho.

PEPITA.—Yo procuraré corresponderle.

MARIA REYES.—Adiós, hija mía. Que si yo te quiero mucho, tú tienes que quererme más. ¿Lo oyes? Más,; más.

PEPITA.—Se hará lo que se pueda.

MARIA REYES.—Adiós, Curro.

CURRO.—Adiós, María Reyes.

MARIA REYES.—(Aprovechando un descuido de Pepita.) Adiós, chiquillo. (Se marcha a la calle, satisfecha.)

PEPITA.—¿Al santo, por la peana; no?

CURRO.—¡Pepita!

PEPITA.—¿Más claro?

CURRO.—Niña, ni tú puedes ser nunca peana, y menos mía, ni yo santo tampoco.

PEPITA.—¿Te gusta María Reyes?

CURRO.—(Mirando al cielo.) ¡Ay!... Me gusta; ¿a qué negártelo?

PEPITA.—No mires al cielo, porque no hay ninguna necesidad. Mamá sabrá ponerse en todo.

CURRO.—¿Y tú?

PEPITA.—¡Yo todavía más que ella!

CURRO.—¡Así lo esperaba de ti! María Reyes se llevará muy bien contigo.

PEPITA.—¡Seguro! Yo no riño con nadie... ¡Y como, además, no he de vivir con ella!...

CURRO.—¡Ah! ¿No?

PEPITA.—No.

CURRO.—¿Con quién has de vivir, entonces?

PEPITA.—¡Yo también tengo derecho a elegir! Vete, vete tras de María Reyes, que aún la alcanzas.

CURRO.—¿Qué?

PEPITA.—Que aún la alcanzas, que te vayas tras ella. Irá despacito.
CURRO.—¡Siempre ha de ser tu gusto!
PEPITA.—¡Siempre! Hasta luego.
CURRO.—Hasta luego, corazón; hasta luego. (Y se marcha, un tanto corrido.)
PEPITA.—Se casan; se casan... ¡Nadie se alegrará más que yo! ¡Me iba pesando ya mucho esta cadena! (Se sienta, abstraída.)
(Del jardín viene, en esto, Agustina, quien después de observarla un momento, se le acerca.)
AGUSTINA.—¿Qué es esto, niña?
PEPITA.—(Como despertando.) ¿Qué?
AGUSTINA.—¿Por qué te has venido aquí sola?
PEPITA.—Vien a ver a papá...
AGUSTINA.—Natividad y Felipa se han sorprendido un poco...
PEPITA.—Ahora volveré allí con ellas.
AGUSTINA.—Te noto algo triste.
PEPITA.—Y lo estoy.
AGUSTINA.—¡Criatura! ¿Triste tú con esa cara, con tus veinte años, con más mimos que antojos?... No ofendas a Dios. ¿O es que te ha contrariado, aunque otra cosa me hayas dicho, que te obliguemos a quedarte unos días más en Puebla?
PEPITA.—¡Quite usted, por Dios! ¡Con lo que aquí se me distingue, empezando por usted misma!
AGUSTINA.—¿Temes, quizá, que se disguste ese amigo predilecto que en Sevilla te aguarda?
PEPITA.—¡Ca! Ese amigo no se disgusta por esto. Y si se disgustara, ya se le pasaría. Para mí, bien mirado, sería buena señal.
AGUSTINA.—Entonces, ¿qué tienes? ¿No te merezco confianza para decírmelo? Tu carita no es la de diario; no es la de siempre. (Pepita le sonríe.) Ahora, sí.
PEPITA.—¿Usted cree, Agustina, que la persona que no llora un ratito por los rincones, para ella sola, se entera de que vive?
AGUSTINA.—Y ¿tú lloras por los rincones?
PEPITA.—Un poquito. Pero no me ve nadie. Reírme, que me vea quien quiera; otra cosa, no.
AGUSTINA.—¿Ni quien, como yo, tan bien te quiere?
PEPITA.—(Con arranque súbito, mirándola como si qui-

era penetrar en su alma.) Vamos a ver, Agustina: y usted por qué me quiere a mí tanto?

AGUSTINA.—(Algo desconcertada.) Hija..., porque sí...; orque me has sido muy simpática..., porque Miguel te co-oce desde niña y te quiere mucho...; por lo que de ti me uenta tu padre... ¡Qué sé yo! ¡Porque sí!..., ya te digo.

PEPITA.—¡Porque sí!... A mí hay cariños que me dan iedo.

AGUSTINA.—¿Miedo?

PEPITA.—¡Miedo de perderlos! ¡Mire usted que si llegara n día en que usted, que ahora me mima tanto, no me qui-era ver ni en pintura!

AGUSTINA.—(Riéndose.) ¡Ave María!... ¡Qué ocurren-ia! ¿Por qué ha de llegar ese día, siendo tú quien eres?

PEPITA.—¿Siendo yo quien soy? (Acongojada de impro-iso, se echa a llorar.)

AGUSTINA.—¡Pepita! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

PEPITA.—Agustina, déjeme usted... Son nervios, niñe-ías...

AGUSTINA.—No, no... Algo te sucede. ¿Aurelio, quizá?...

PEPITA.—No...

AGUSTINA.—¿Quizá los amores de tu padre y...?

PEPITA.—¡Sí! ¡Sí, señora! ¡Eso es!

AGUSTINA.—(Dándose cuenta de la ficción.) ¡No! ¡No s eso!

PEPITA.—¡Es verdad; no es eso!

AGUSTINA.—¡Pues dime lo que sea!

PEPITA.—¡Como usted no lo adivine y me lo diga a mí!...

AGUSTINA.—¿Adivinarlo yo?...

PEPITA.—Estoy como la que sueña que la persiguen, que a acosan, y quiere gritar pidiendo auxilio y le falta la voz... Qué angustia! Yo quiero gritar, quiero que me oigan, y me hogo, y la voz no sale... ¿No ha soñado usted nunca así?

AGUSTINA.—He soñado y sueño, Pepita. Sé bien la an-ustia de ese sueño tuyo. He pasado... y paso por él. ¡Si tú upieras que yo también deseo dar un grito... y no puedo dar-o! ¡Me lo pide mi corazón y se me ahoga la voz en la gar-anta!

PEPITA.—Entonces, Agustina...

AGUSTINA.—Entonces, Pepita...

(Se miran, en actitud de ir a abrazarse, sin duda compren-iéndose. Pero en este momento llegan de la calle Aurelio y Ramonón, que las interrumpen, contrariándolas vivamente.)

PEPITA.—¿Quién viene ahora?

AGUSTINA.—¡Este par de tontos!...

AURELIO.—Agustina... Pepita...

PEPITA.—¡Aurelio!

RAMONON.—Buenas tardes.

AGUSTINA.—Buenas tardes.

AURELIO.—¿Qué me ha dicho tu padre? ¿Que no se van ustedes ya?

PEPITA.—No, no nos vamos.

AGUSTINA.—Se detienen algunos días.

AURELIO.—¡Cuánto me alegro!

RAMONON.—¡Ar revés que yo!

PEPITA.—¿Tú no te alegras de que nos quedemos?

RAMONON.—No zólo no me alegro, zino que lo zient en el arma.

AURELIO.—¡Siempre tan amable, como ves!

RAMONON.—¡Ni amable, ni no amable! Es que esto viendo que mientras esté aquí Pepita no van a pará las trifur cas entre nozotros. ¡Y no me hace gracia! Ahora mismo he mos tenío un agarre que pa qué. ¡Y vamos a acabá por pe garnos en zerio! ¡Y no me hace gracia!

PEPITA.—Ni la tiene. Pero, ¿qué ha sido ahora?

AGUSTINA.—¿Qué ha sido?

AURELIO.—Nada, si se va a ver...

RAMONON.—¡Mucho, ze vea o no ze vea!

AURELIO.—¡Cosas de esta caballería!

RAMONON.—¿Usté lo oye? ¡Cabayería! ¡Me voy cargan do yo de estos calificativos! ¡Ze ha creío Aurelio que tien más talento que er que lo inventó, y no para de inzurtarme mí! ¡Que zi burro de noria!... ¡Que zi caballo de molino!.. ¡Que zi mula manchega!... ¡Hombre! ¡Basta ya! ¡No tan to, no tanto! Yo zoy er primero que comprendo que cuand discuto ze me va el aparejo a la barriga...

AURELIO.—El mismo me autoriza, como ustedes ven...

AGUSTINA.—Bueno, bueno; no vale la pena...

RAMONON.—Zí lo vale, zí...

PEPITA.—Pero, ¿por qué ha sido lo de hoy?

RAMONON.—Y ¿tú lo preguntas? ¿Por qué va a zé? ¿E que desde que tú has llegao hablamos éste y yo na más qu de ti? Vas a enterarte de lo de hoy.

AURELIO.—(Queriendo atajarlo.) Mira, Ramonón...

RAMONON.—Miro: ¡ya ze ve que miro! ¡Pa ezo tengo lo ojoz, pa mirá! Lo de hoy, Pepita—ze acabó; a mí no ze m atascan las cozas en er cuerpo—; lo de hoy, Pepita...

AURELIO.—Ramonón, como digas una palabra más...
RAMONON.—¿Qué?
AURELIO.—¡Reñimos de veras!
AGUSTINA.—Vamos, vamos...
RAMONON.—¡No, zeñora, déjelo uzté! ¡Zi ezo es lo que toy yo dezeando ya: reñí con é de veras! ¡Que esté ziquiera na zemana zin hablarme, pa que vea la farta que le hago!
AURELIO.—¿Tú a mí?
RAMONON.—¡Yo a ti, pamplinozo! Zi no me tuvieras a í, ¿quién te iba a aguantá toas las curzilerías que ze te ocuen? ¡Porque tú has tenío amigos mu zabios, pero no te ha odío aguantá ninguno! Y un día me lo dijiste: "¡Estoy ya ısta los pelos de inteletuales!" Verás tú, Pepita...
AGUSTINA.—No, no; Ramonón. Deja eso ahora.
AURELIO.—Sí; más vale que lo deje.
PEPITA.—Está muy excitado.
AGUSTINA.—Vente al jardín conmigo.
RAMONON.—Como quiera uzté. A mí tampoco me gus- echá los pies por arto en una caza ajena. ¿Y zabe uzté lo ıe le ocurre, después de tó, a este ezaborío? ¡Pos que tó lo alo que le anuncio yo, le rezurta luego! ¡Y me ha tomao ıtre ojos!
AURELIO.—¡Eso es!
PEPITA.—Bueno, pues yo no quiero que por mí riñan dos nigos como ustedes. Otra vez será, pero hoy, no. Ramonón, ıora mismo vas a darle un abrazo.
RAMONON.—¿Yo, a éze?
PEPITA.—Sí; tú a ése.
RAMONON.—¿Un abrazo?
PEPITA.—Sí; un abrazo.
RAMONON.—¿Te dejas tú?
AURELIO.—(Abriéndole los brazos y sonriéndole.) Sí, ›mbre, sí.
RAMONON.—¡Es verdá, que lo pide Pepita! (Lo abraza ısta estrujarlo.)
AURELIO.—¡Bárbaro! ¡Que me ahogas!
RAMONON.—¡Había de echá er bárbaro por delante! Pero ningún inteletuá te abrazará azí nunca! (A Agustina.) Ve usté? ¡Ya estoy yo contento! Vámonos pa er jardín.
AGUSTINA.—Vámonos.
(Sale Natividad oportunamente. Al verla, Ramonón le dice marcharse, a modo de piropo:)
RAMONON.—¡Ole los bizcochos de abujerito!

NATIVIDAD.—¡Ramonón, que me has asustado!
RAMONON.—¡Ja, ja, ja!
AGUSTINA.—Anda para el jardín, tabardillo. (Se va c
él.)
NATIVIDAD.—Oye, Pepita.
PEPITA.—¿Qué quieres?
NATIVIDAD.—No te alarmes, Aurelio, que en seguida r
voy.
AURELIO.—¿He dicho yo palabra?
NATIVIDAD.—Con los ojos me has querido comer. V
a llegarme a casa, Pepita, a decirle a mamá que no te ma
chas por ahora.
PEPITA.—¡Ya se lo habrá dicho medio pueblo!
NATIVIDAD.—No; las buenas noticias no corren tan
como las malas. ¿Te espero allí?
PEPITA.—Sí; espérame. Dentro de diez minutos.
NATIVIDAD.—¿De diez minutos y está aquí éste? ¡V
mos! Ya serán las ocho de la noche.
PEPITA.—¿A que no?
NATIVIDAD.—¿A que sí? ¿Verdad que sí, Aurelio?
AURELIO.—No sé.
NATIVIDAD.—Yo, sí; ésta goza dando plantones. I
puede remediarlo. Ni a misa llega nunca a tiempo. Quie
oír la de ocho y oye la de diez. Quiere oír la de diez y oye
de doce. Tiene que comprar alguna cosa y sale cuando c
rran las tiendas. Hasta luego.
PEPITA.—Adiós, mujer. ¡Vaya un cartelito que me deja
NATIVIDAD.—Adiós, Aurelio. ¿He sido discreta, verda
AURELIO.—Siempre.
NATIVIDAD.—Adiós. (Se va a la calle.)
(Pausa. Aurelio, turbado, no acierta a hablar. Pepita lo o
serva con temor y esperanza.)
PEPITA.—¿Estás disgustado de veras, Aurelio?
AURELIO.—¿No me ves?
PEPITA.—¿Por causa mía?
AURELIO.—Por causa de todos, pero a cuenta tuya. Y e
Ramonón es tan... tan bueno, tan ingenuo, tan burdo, q
hiere, que lastima sin enterarse. Hay cosas que se pued
pensar, pero que no se pueden oír. Por poco andamos a b
fetadas.
PEPITA.—¿Y todo a mi cuenta? ¡Pues casi me arrepien
ya de quedarme!
AURELIO.—¡No, Pepita, no! ¡Eso no! Así, yo, siqui

veo. Y, además, resuelvo lo que quiero antes de que te
as.

EPITA.—¿Lo que quieres?

URELIO.—Hubiera sentido mucho que te marcharas sin
larte de ello. Pepita...

EPITA.—¿Qué? Habla ya; no vaciles. No me tengas mie-
yo no soy Ramonón.

URELIO.—(Sonriéndole.) No, no eres Ramonón... Pero
edo..., sí que me lo das.

EPITA.—¡Aurelio! Pues, ¿qué temes de mí?

URELIO.—Si tú me quieres, nada.

EPITA.—¿Si yo te quiero?

URELIO.—Sí, Pepita; no me conformo con ser tu ami-
¡Te quiero! ¿Tú a mí no?

EPITA.—No lo sé todavía.

URELIO.—¿No lo sabes?

EPITA.—No; no lo sé. Yo no quiero así tan de pronto,
relio. Quiero más despacito. Esto que me ha pasado en
ebla, de llegar y que todo el mundo me coma a besos y me
ga y me lleve como cosa propia, a mí me inquieta mu-
. Querer es muy grave, muy hondo; y querer una mujer
n hombre..., ¡figúrate tú!

URELIO.—¿Cómo?

EPITA.—¡Figúrate tú! Te repito que no sé, no sé to-
ía...

URELIO.—Pero, si no me quieres aún, ¿crees que me
rrás más adelante, Pepita?

EPITA.—¡Eso ha de depender de tantas cosas!...

URELIO.—¿De tantas?

EPITA.—¡De tantas!... Por ahora conténtate con saber
: yo quiero... que me quieras tú.

URELIO.—¡Ah! Pues te quiero ante todo y por cima de
o. ¡Como seas, te quiero; como eres, te quiero! Y porque
te quiero, padezco cuando hablan de ti, sin saber lo que
en, sin pensarlo, sin sospechar que puede llegar a tus oídos.

EPITA.—Pero, oye, Aurelio; no me asustes: ¿qué dicen?

URELIO.—Nada, Pepita; ¿cómo he de referirte yo?...
los pueblos, las hablillas, las murmuraciones, no hallan
ie que las contenga: en la vida un poco quieta, un poco
ıda que llevan esas gentes, cualquier accidente extraordina-
es una sacudida que todos aprovechan para salir de su ma-
no, de su inacción. Y ¿te parece poco accidente la llega-
de una encantadora muchacha como tú, alrededor de la
flota una leyenda de misterio? ¿Quién es capaz de con-

tener las imaginaciones ni las lenguas? Sólo puede lo esto, definitivamente, una verdad clara, indiscutible, y verdad, Pepita, por suerte para mí, es este cariño que sabido inspirarme.

PEPITA.—¿Ves tú? Ahora ya te quiero un poquito m Y no han pasado ni dos minutos.

AURELIO.—¡Un poquitito más!... Yo me atengo, d luego, a lo que me has dicho. Quieres que yo te quiera.

PEPITA.—Lo quiero, sí. Vanidad de muchacha engr simpatía por ti, por tus delicadezas, por tus palabras... ¡ tú a averiguarlo! ¡Quiero que me quieras, Aurelio!

AURELIO.—Pues mírame y responde, Pepita: ¿me mites que le hable a tu padre de este cariño?

PEPITA.—(Con emoción.) ¿A mi padre?

AURELIO.—A tu padre, sí; ya sabes quién yo soy.

PEPITA.—Háblale cuando quieras. ¡Lo que siento es no puedas hablarle a mi madre también!

AURELIO.—Y yo contigo. Gracias, Pepita. Buscaré padre y le hablaré.

(Llega don Miguel de la calle en este momento.)

DON MIGUEL.—¡Hola, pareja! Buenas tardes.

AURELIO.—¡Don Miguel!

(Pepita se turba hondamente. Mira a Aurelio y mi don Miguel.)

DON MIGUEL.—Siempre juntos... Esto va a cabar yo sé cómo...

AURELIO.—Yo sí.

DON MIGUEL.—¿Me marcho, entonces?

AURELIO.—¡No!

PEPITA. — (Con resolución instantánea.) Al contr llega usted muy a tiempo. (Aurelio la mira interrogán Ella, con emoción suprema, sin reflexionar, sin medir el cance de sus palabras, continúa así:) Este quiere hablar usted.

DON MIGUEL.—¿Conmigo? ¿De qué? ¿De quién?

PEPITA.—El se lo dirá... Ahora la que se marcha soy ¡Ahí se quedan ustedes! (Y echa a correr hacia el jardín

DON MIGUEL.—(A Aurelio.) No alcanzo... No me plico... ¿Qué lleva Pepita? ¿Qué quieres tú conmigo, Aur

AURELIO.—(Cortado, ante la máscara de don Mig Yo, don Miguel... A mí me cuesta una violencia... Acaso no tenga derecho...

DON MIGUEL.—Conmigo, a todo; te consta cuánto te estimo yo.

AURELIO.—Sí, pero... Pepita y yo hablábamos... de lo que usted ha supuesto al llegar y encontrarnos juntos. Le decía yo que deseaba hablarle a su padre de mi cariño...

DON MIGUEL.—¿A su padre?

AURELIO.—Sí.

DON MIGUEL.—Bien, bien... Me parece bien. ¿Es mi consejo lo que querías? Pues... me parece bien. Busca a su padre y dile...

AURELIO.—¿Me aconseja usted que lo busque?

DON MIGUEL.—Sí...

AURELIO.—Y ¿dónde podré hallarlo, usted sabe?

DON MIGUEL.—Tú verás...

(Llega Agustina del jardín.)

AGUSTINA.—Miguel, Aurelio...

AURELIO.—¿Qué?

AGUSTINA.—¿Qué tiene Pepita?

AURELIO.—¿Pepita?

AGUSTINA.—Sí. Me ha encontrado ahí dentro, se me ha abrazado y ha roto a llorar. ¿Qué tiene?

DON MIGUEL.—Yo llego ahora mismo; no sé...

AURELIO.—¡Yo sí!

AGUSTINA.—Pues corre a consolarla.

AURELIO.—¡Sí, señora! (Y se va al jardín resueltamente.)

(Marido y mujer se contemplan entonces en silencio, con gravedad llena de recíprocas interrogaciones.)

AGUSTINA.—¿De veras no sabes tú lo que tiene Pepita?

DON MIGUEL.—De veras... ¡Si he llegado en este momento!...

AGUSTINA.—Pero... ¿piensas que lo que tiene es cosa de este momento?

DON MIGUEL.—No sé... ¿Y tú, lo sabes?

AGUSTINA.—Si no lo sabes tú, yo tampoco.

DON MIGUEL.—Como tú estás con ella más tiempo que yo, como la observas más...

AGUSTINA.—No es seguro que yo la observe más que tú... Tú también la observas, Miguel; bien te he visto.

DON MIGUEL.—Sí, es verdad... Es una niña que se da a querer... y ¡se ha quedado tan sola con su padre!... A lo mejor, todo lo que tiene es que Curro no ve con gusto este noviazgo.

AGUSTINA.—¿Curro?

DON MIGUEL.—Curro, sí.

AGUSTINA.—¿Puede desagradarle Aurelio a Curro para su hija?...

DON MIGUEL.—¡Qué sé yo! ¡Es una hipótesis que se me ha ocurrido!...

AGUSTINA.—Si fuera Pepita hija tuya, ¿a ti te desagradaría?

DON MIGUEL.—¿A mí? Creo que no... Tengo muy buen concepto de Aurelio.

AGUSTINA.—Y... ¿nunca se lo has dicho a Curro? Porque yo creo que eso bastaría..., si eso fuera todo. Curro no hace más que lo que tú quieras.

DON MIGUEL.—No siempre.

AGUSTINA.—Por lo menos en lo que pueda importarle a Pepita.

DON MIGUEL.—¿Qué me quieres decir?

AGUSTINA.—Decirte yo, nada; lo que espero y deseo es lo que digas tú.

DON MIGUEL.—Agustina...

AGUSTINA.—(Tras una mirada de estupor.) ¡Hasta cuándo, Dios mío, va a callar este hombre!...

DON MIGUEL.—¿Qué dices? No te entiendo...

AGUSTINA.—¡Llevas veinte años sin entenderme!

DON MIGUEL.—¿Eh?

AGUSTINA.—¡Sin entenderme en esto, Miguel!

DON MIGUEL.—¿En qué, Agustina?

AGUSTINA.—¡En esto, Miguel! ¡Qué mal me has juzgado! ¡Qué mal me conoces! ¿Es posible ya que me sigas ofendiendo con tu silencio? ¿Hasta cuándo, Miguel, hasta cuándo? ¿O es que han llegado ya las cosas a un punto que te abochorna haber callado toda la vida, y es esa vergüenza la que ahora no te deja hablar? Pues si es así, Miguel, no vaciles: habla; habla, que yo sé perdonártelo todo: ¡hasta eso! Habla: dime... lo que ya sé. ¡Pero habla!

DON MIGUEL.—Y... si ya lo sabes..., ¿a qué he de decírtelo yo?

AGUSTINA.—Porque si no lo oigo de tu boca, lo seguiré ignorando. La norma mía para contigo ha sido siempre no saber de ti sino lo que tú me dijeras. Por eso hemos podido vivir felices. ¡Qué bien te has hallado a mi lado!, ¿verdad? ¡Qué cómodamente! ¿Y habrás sido capaz de creer que yo era una ciega, una tonta, una simple? Pues no he sido ni seguiré siendo más que una mujer muy habladora—como todas,

a tu juicio—, que ha tenido la abnegación y el arte de callar. ¡Una mujer que calla más que habla! ¡Como muchas mujeres!

DON MIGUEL.—Eres una santa, Agustina.

AGUSTINA.—¡No, por María Santísima! ¡Me falta mucho para llegar a los altares! Pero del teje maneje de algunos pecadores, sobre todo si me tocan de cerca sé lo suficiente.

DON MIGUEL.—Y... ¿desde cuándo sabes...?

AGUSTINA.—¿Qué? ¿Te cuesta violencia preguntármelo? Pues nada no te libro de ella; has de pasarla. Algo hay que sufrir alguna vez.

DON MIGUEL.—Bien. ¿Desde cuándo sabes... que Pepita es mi hija?

AGUSTINA.—¿Que Pepita es tu hija?

DON MIGUEL.—Sí.

AGUSTINA.—Pero, ¿es tu hija Pepita?

DON MIGUEL.—(Desconcertado un punto.) Pero... ¿no aseguras que lo sabes?

AGUSTINA.—¡Ah! ¿Luego no era una invención; una calumnia femenina, creada sólo para atormentarte, por el torpe vicio de hablar por hablar? ¿No era eso, Miguel?

DON MIGUEL.—No me tortures con tus ironías, Agustina, si me has de perdonar. ¿Desde cuándo lo sabes?

AGUSTINA.—Lo supe horas después de nacer la criatura.

DON MIGUEL.—¿Es posible?

AGUSTINA.—¿Te asombra? Una mujer vino a decírmelo.

DON MIGUEL.—Y ¿cómo has podido callar y disimular tantos años?

AGUSTINA.—Los mismos que tú. Cuando él no me lo confiesa—pensaba—, no debe de querer que yo me entere.

DON MIGUEL.—Temí, la verdad—lo temí siempre, y ésta ha sido la única razón de mi silencio—, destruir la paz que había entre nosotros. Al fin y al cabo, yo te había ofendido. Una flaqueza, una debilidad..., una historia antigua..., una cadena que yo creía rota y que no lo estaba...

AGUSTINA.—Todo eso es así; pero lo único que me ha ofendido de veras ha sido tu obstinado silencio, tu increíble disimulo. ¿Cómo no has visto, en tanto tiempo, las lágrimas detrás de mis ojos? ¡Lo que lloraron cuando nació esa niña! ¡Y tú, sin enterarte! Y todo era buscar pretextos inocentes para ir a verla con frecuencia. Esto, al principio. ¡Hasta que se te ocurrió la triste idea de buscarle un padre postizo! ¡Qué vergüenza! Entonces sí que estuve yo tentada de hablar.

DON MIGUEL.— Y ¿por qué no hablaste?

AGUSTINA.—¡Porque callabas tú! Y así, un día tras otro, mientras tú me juzgabas dichosa, y resignada con mi pena de no tener hijos tuyos, he seguido incesantemente la vida de esa niña... a la que quiero más que tú.

DON MIGUEL.—¿Qué?

AGUSTINA.—¡Más que tú! ¡La quiero más que tú! ¡Ha dormido su sombra entre los dos tantos años, Miguel, tantos años!... ¡Y mientras tú la temías, yo la deseaba!

DON MIGUEL.—Agustina...

AGUSTINA.—Y ahora tú querías que se fuese de Puebla, por cobardía, por temor a no sé qué escándalo, por miedo pueril a lo que hablan las mujeres; y soy yo quien hace que se quede aquí con nosotros, ¡para que hablen más!

DON MIGUEL.—¿Estás resuelta?

AGUSTINA.—¿Cómo no he de estarlo, Miguel? ¿Es que muerta su madre, se puede dejar a esa niña—mucho menos después de conocerla—en poder de ese vividor de Curro Cortina? ¿Tú tienes valor para eso, Miguel?

DON MIGUEL.—De mi valor no hables. He sido el hombre más ciego y más cobarde del mundo. ¡Pero era perderte lo que me daba miedo! Si esto me disculpa a tus ojos, absuélveme ya. Y Pepita es desde este instante más hija tuya que lo es mía; lo que tú quieras, Agustina, se ha de hacer. ¿Ella conoce...?

AGUSTINA.—Como yo. Y como yo... ha sabido callar. ¡Y eso que también es muy charlatana! ¡Pero callamos más que hablamos todas las mujeres!

DON MIGUEL.—¿Ella te ha dicho...?

AGUSTINA.—Ni palabra. Pero sé que lo sabe. Me han bastado unos días a su lado para comprenderlo. ¡Y tú, en veinte años de vida conmigo, no te has enterado hasta ahora de lo que sabía yo!

(Sale Pepita, dispuesta a marcharse).

PEPITA.—Una que se va.

AGUSTINA.—¡Pepita!

PEPITA.—¿Qué?

AGUSTINA.—Abraza a mi marido.

PEPITA.—¡Señora!

AGUSTINA.—Abrázalo; quiero que lo abraces.

PEPITA.—Mire usted que dicen por ahí malas lenguas que me hace el amor.

AGUSTINA.—Que lo digan; yo no soy celosa. Abrázalo

DON MIGUEL.—(Recibiéndola en sus brazos paternales). ¡Pepita!

AGUSTINA.—¡Así!

DON MIGUEL.—¡Esta es la verdad! ¡Ya podemos decírsela a todos!

AGUSTINA.—No hay más verdad en este mundo que la verdad de los corazones.

PEPITA.—Si son como el suyo, Agustina.

DON MIGUEL.—¡Es que si no son como el suyo, no son corazones!

AGUSTINA.—¡Pepita!

(La atrae hacia sí y la besa muy conmovida).

(Asoma entonces Felipa a la puerta que conduce al jardín y eclama con graciosa ironía):

FELIPA.—¡Jajay! ¡Lo que hablan las mujeres...!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, agosto, 1932.

TALIA

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

NUMEROS PUBLICADOS

LA TONTA DEL RIZO

Comedia en tres actos de Pedro Muñoz Seca.

LOS RESTOS

Comedia burlesca en tres actos de S. y J. Alvarez Quintero

¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?

Tres actos cómicos de José de Lucio y Julián Moyrón

¡UN MARQUES NADA MENOS!

Juguete cómico en tres actos de Antonio Paso

EL FAMOSO CARBALLEIRA

Comedia en tres actos de Adolfo Torrado Estrada

ERA UNA VEZ EN BAGDAD...

Láminas de "LAS MIL Y UNA NOCHES" agrupadas en tres actos: EDUARDO MARQUINA

FULANITA Y MENGANITO

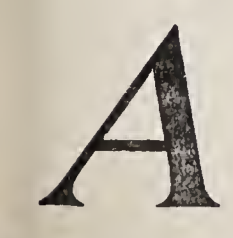
Juguete cómico en tres actos de Luis Fernández de Sevilla











REVISTA DE OBRAS TEATRALES

EN PREPARACION

LA VENGANZA DE D. MENDO

(Extraordinario)

¡Qué mala sangre tienes!

Caso Patológico en tres actos
de D. Antonio y D. Manuel Paso

Los andrajos de la Púrpura

Drama de Don Jacinto Benavente

GRACIA Y JUSTICIA

(Continuación de Morena Clara)
de Antonio Quintero

Los Duendes de Sevilla

De S. y J. Alvarez Quintero

¡Cuidado con la Paca!

de José de Lucio